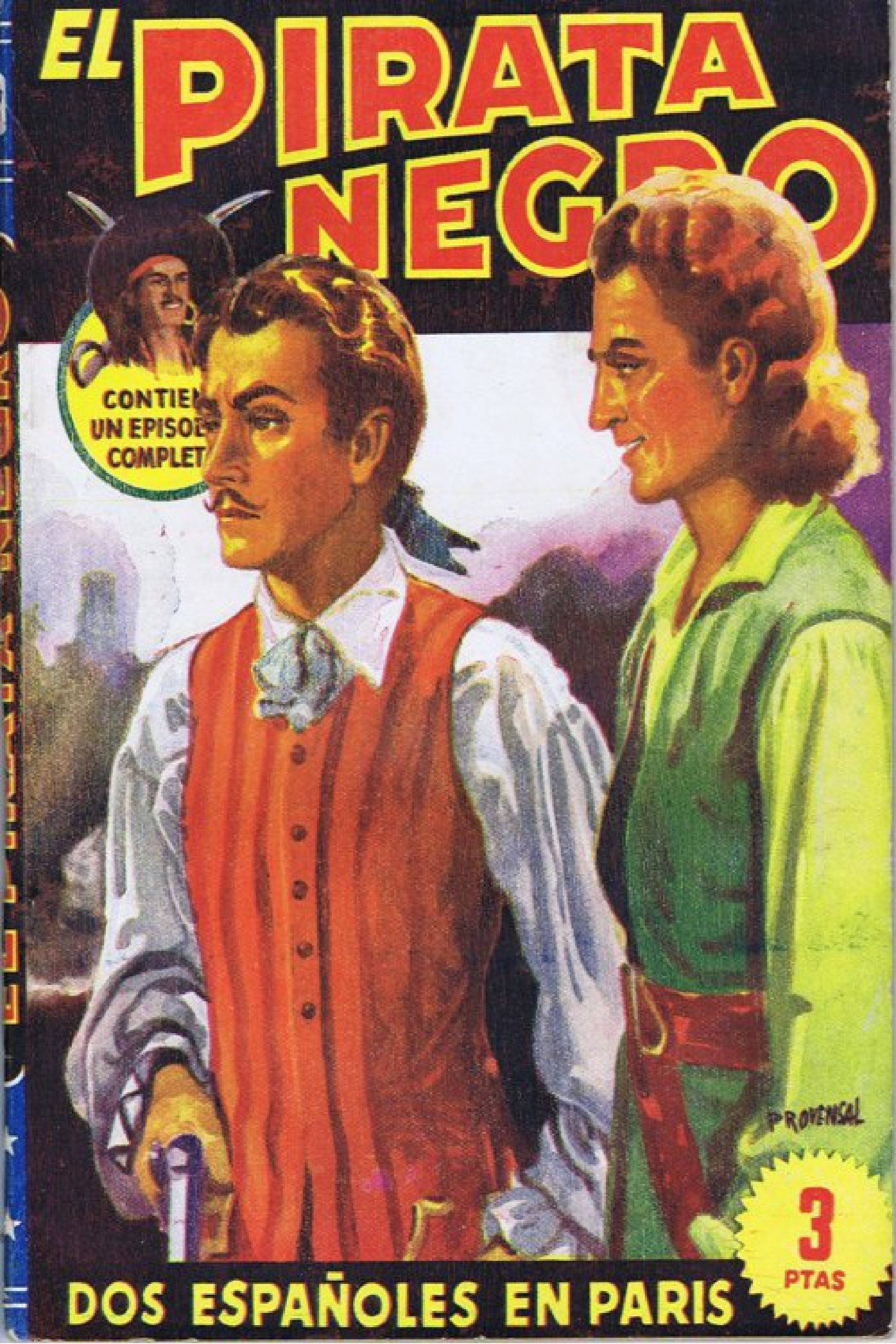
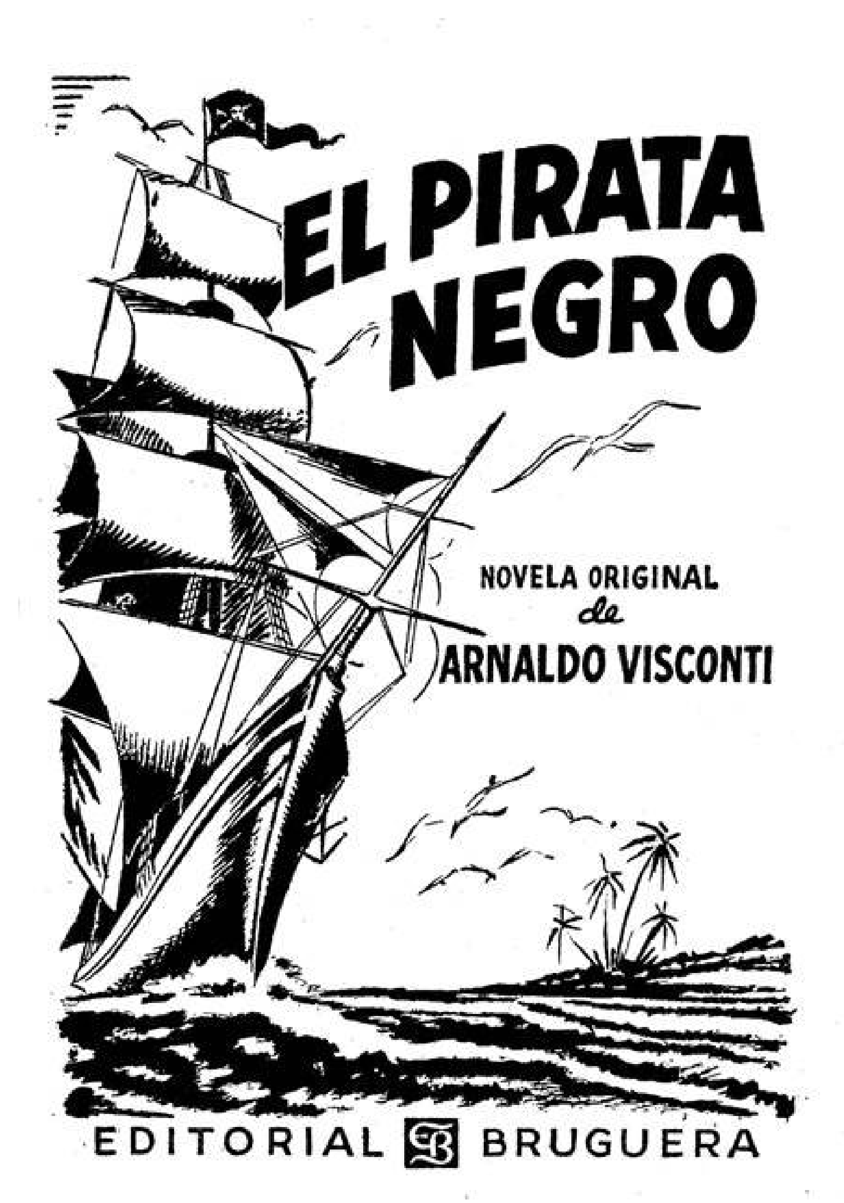

EL PIRATA NEGRO
CONTIEN
UN EPISOD
COMPLET
PROVENSAL
3
PTAS
DOS ESPAÑOLES EN PARIS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Dos españoles en Paris

Colección El Pirata Negro n.° 37

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


DOS ESPAÑOLES
en
PARIS

PROLOGO

En los albores del siglo XVIII la hermosa ciudad de Angulema era ya una urbe floreciente, y a sus muchas bellezas arquitectónicas unía la esplendorosa vitalidad de una población laboriosa cuyos gremios de tejedores y vidrieros imponían, en —el mercado mundial la perfección de sus productos.

Era Angulema una ciudad tranquila, alejada de los peligros de' mar y las incursiones enemigas, pero no obstante tenía la ventaja de obtener rápida salida a sus mercancías por vía fluvial.

El Loira bañaba sus contornos, y por sus aguas desfilaban muchas veces barcazas engalanadas portando a los invitados de ricos esponsales que animaban gratamente el paisaje Con la galanura de sus atuendos y la sana y honesta alegría de una sociedad dedicada por entero a las buenas costumbres morigeradas y al productivo trabajo.

El Loira había sido llamado desde tiempos inmemoriales el «río Real», debido a qué un monarca galante, había hecho construir castillos para sus muchas favoritas en los márgenes del más bello de los cursos fluviales de la nación gala.

Desde su nacimiento hasta su fusión con las aguas del mar, el Loira atravesaba comarcas de espectacular frondosidad; se diferenciaban entre sí en cuanto a cultivo, comercio y clima, pero un detalle se repetía constantemente a lo largo de su curso: numerosos castillos reflejaban sus muros en las tranquilas aguas. Y el «río Real» era también llamado «el de los castillos».

A diez leguas de la ciudad y hacia el interior, el Loira describía una ancha curva envolviendo en medio, anillo susurrante el paraje boscoso donde se levantaba el castillo de Civry.

Al otro lado del río, se diseminaba el medio centenar de casas

que componían la aldea de Civry, considerada como una prolongación de la ciudad de Angulema a causa de que la mayoría de sus habitantes pasaba el día trabajando en las múltiples actividades comerciales de la hermosa ciudad.

Los domingos eran considerados como fechas destinadas a! intercambio de las novedades de todo orden que hablan ocurrido durante la semana. Y constituyó una gran novedad, que iba de boca en boca, el saber que el castillo de Civry, deshabitado desde hacía años, tenía moradores.

Circulaban noticias contradictorias.

Unos afirmaban que la difunta señora propietaria, Gabrielle de Civry, «la reina de la moda parisina» había legado en testamento a una amiga suya, por carecer de próximos parientes. Otros decíanse enterados de que Gabrielle de Civry hablase casado poco antes de morir, y los actuales moradores del Castillo eran familiares del viudo.

Y todos aguardaron a la noche para saber a qué atenerse, cuando vieron que en la barcaza del colono del castillo, tomaba asiento Maître Honoré Fripon, el notario de la ciudad de Angulema.

Le acompañaba "el misántropo", Robert Charles, guardabosques y encargado —con la ayuda de su hermana Solange— del cuidado y conservación del castillo.

Por el camino, maître Honoré Fripon había asediado a preguntas al colono, pero Robert Charles, habíase limitado a replicar, lacónicamente, que "eran una señora muy joven y una niña de corta edad", cuya visita y permanencia en el castillo le había sido 'ya anunciada por el viudo y propietario, un español llamado Diego Lucientes.

Instantes después, el notario inclinábase respetuosamente en el salón donde aguardaba, al entrar en él, una mujer, casi una niña, de suave y delicada belleza morena.

Hablaba un francés exótico, con muchos ceceos, y voz cantarina.

—Sentaos, señor notario. Apenas llegamos anoche, rogué al colono os avisase, para que me honraseis visitándome. Soy Rosa Hoyos de Lucientes.

—Es para mí un placer saludar a nuestra castellana, señora, —dijo ceremoniosamente el notario, a la par que tomaba asiento—. Este castillo ha estado largo tiempo deshabitado, y permitidme

decir que es una mansión afortunada ya que si bella fue su primera propietaria, encantadora lo es también la segunda castellana.

Rosa Hoyos tenía impreso en el rostro el sello de una infinita melancolía; en su expresión no habla tristeza, sino una gran resignación.

—Deseo sinceramente que vuestro viaje no haya sido demasiado incómodo. Larga distancia separa esta comarca de las afortunadas islas Canarias. Mensualmente recibo carta del señor Lucientes, y en su última me comunicaba que, muy posiblemente, algún día vos y «madeimoselle» Gabrielle, y vuestra hija nos haríais el honor de albergaros en Civry. Celebro que tal ventura se haya presentado pronto. ¿Seré indiscreto si os pregunto cuando tendré el honor de estrechar la mano del señor Lucientes, vuestro marido?

Rosa Hoyos hizo un mohín indefinible, como eludiendo una respuesta que era la primera en desconocer. Pero de pronto pareció decidirse, y en espontáneo arranque, cogió la diestra del notario:

—Perdonadme, señor, si os hago partícipe de mis confidencias. Ante mi niña tengo que fingir, ocultando la zozobra de mi alma.

—Las confidencias, señora, no sólo tranquilizan el ánimo, ya que para el caminante de la vida suponen descargarse de un pesado fardo, sino que por mi profesión estoy habituado a oírlas y reservármelas en el más hondo de los secretos.

—Os pondré en antecedentes de lo que ha motivado mi viaje y mi deseo de permanecer largo' tiempo aquí. Me casé con Diego, a sabiendas de que él, por su temperamento inquieto y aventurero, no se resignaría a vivir la existencia hogareña. Se marchó para ir en busca de su único amigo, el capitán Lezama. Yo hubiera seguido esperándole en Canarias, mi tierra natal, a no ser por un desdichado suceso. Tenía a mi custodia el hijo del capitán Lezama, un muchacho impetuoso y de carácter atrevido. Quiso ir en pos de su padre, y una tormenta hizo naufragar e! barquichuelo en que se lanzó al mar. Desde entonces... se me hizo imposible ver 1os parajes donde había sido tan feliz... y que quedaban vacíos, sin mi marido y sin el hijo del capitán Lezama

—Comprendo, señora. Y elegisteis Civry como lugar de reposo, donde de nuevo.seréis feliz cuando regrese vuestro marido. Confidencia por confidencia, os diré que la primera carta que recibí del señor Lucientes, después de que yo confirmara sus derechos a la

herencia de la difunta señora de Civry, acompañaba un documento en toda regla, extendido ante notario español, por el que os instituía única heredera de cuantos bienes le pertenecen... No, no, señora — añadió apresuradamente al ver que en el semblante de ella se acentuaba la expresión, melancólica, mezclada con evidente tristeza — no penséis nada luctuoso. Vuestro marido goza de buena salud. Su testamento no ha sido más que una medida de precaución muy de elogiar... Si vos misma reconocéis que el señor Lucientes, ama el inquieto vivir, podría sucederle, cosa que la Providencia evitará, cualquier accidente. Es pues, su gesto, muy de caballero: no quiere dejar desamparada y a la merced de pleitos, a la que es su bellísima esposa.

Rosa Hoyos pareció contemplar durante unos instantes el lujoso mobiliario del vasto salón... Miró con repentina energía al notario, que por encima de sus grandes antiparras la examinaba con benevolencia.

—¿Puedo hacer renuncia de todo esto y cuantos bienes me han sido legados á nombre de mi hija?

—Pero... señora, vos sois joven. Tenéis mucha vida por delante. El clima de Angulema y Civry es delicioso. Algo fresco comparado con el de las Afortunadas, pero saludable. Considero prematuro vuestro rasgo.

—He venido pensando en esto durante todo el viaje. Quiero que Gabrielle sea la legítima heredera, porque yo a mi esposo le pedí amor, y no riquezas. Perdonad —añadió ruborizándose— no veáis en ello ningún reproche hacia mi esposo. Él es como es, y me advirtió cuanto ahora sucede: yo soy la culpable, puesto que tercamente insistí en ser su esposa.

—Ved, señora, que justo es que vuestro marido haga testamento dado su afán de inquietud. Pero vos...

—Una vez me dijo él —y Rosa Hoyos cerró los, ojos ante la evocación— que hay pájaros de las islas que languidecen y mueren s sin enfermedad, cuando les abren las puertas de sus jaulas. Quieren vivir encerrados, porque en ello ven su seguridad. Yo quería vivir encerrada en mi hogar... Pero, no me hagáis caso, señor. Tengo que vivir por mi hija. No obstante, insisto. Quiero que me extendáis un documento en toda, regla, que firmaré, nombrando mi heredera a la que ahora, cansada a causa del viaje, duerme con

todo el sosiego que dan los pocos años.

Maître Honoré Fripon no insistió, y poco después abandonaba el castillo, con la promesa de volver al domingo siguiente portador del nuevo testamento.

Por el camino de regreso quiso saber la opinión de Robert Charles, el flaco y hosco guardabosques.

—¿Qué os parece la nueva castellana, mi buen Robert?

—Frágil y aquejada de pena de amores, señor.

El notario rió amablemente, sin burla.

—Sé que sois buen psicólogo, Robert. Quizás por eso eludís el trato de vuestros semejantes. Pero, ¿por qué opináis así de una damita encantadora que es una alegría para los que la ven?

—Es alegría para la vista, porque posee el candor de las almas buenas, señor. Pero sus ojos hablan de hondo pesar secreto…

Y todo Civry supo que la nueva castellana era una «viuda blanca» que valientemente había ido a llorar sus penas entre los muros del castillo.

Hacía ya un mes que Rosa Hoyos residía en Civry. No salía del castillo, y habíase procurado para su hija los servicios de preceptores, maestros de música, baile y canto; no recibían a nadie, ni hacían vida social.

Y Robert Charles iba sintiendo hacia la nueva dueña de Civry, un íntimo sentimiento que calificaba de afecto. Se excusaba a sí mismo, queriendo convencerse que en aquel afecto no había más matiz que el impersonal cariño que dedicaba a sus perros…

En un atardecer, veraniego, un jinete descabalgó ante la verja cerrada del castillo. Era un robusto cuarentón, de cuadrados hombros y recios rasgos duros, de hombre acostumbrado a mandar.

Sus ojos claros, de recto mirar imperioso, se posaron en el semblante indiferente de Robert Charles, que acudió a la verja sin abrirla?

—¿Es este el castillo de Civry, buen hombre?

—Lo es. ¿Qué deseáis?

—Ver a la señora Rosa de Hoyos, esposa de mi señor el capitán Lucientes, capitán del bergantín, del que soy lugarteniente.

—Tengo orden de la señora de no recibir a nadie.

—Las órdenes deben cumplirse. No abráis, pero id a comunicarle quien soy y que traigo mensaje verbal de mi capitán.

Sólo esperó el marino unos minutos. Regresó el guardabosque, corriendo, y abriendo la verja, precedió al bretón.

Ankou Kerbrat no entendía de ceremonias cortesanas. Era un hombre de mar, disciplinado hasta la ceguera. Inclinóse secamente delante de la impaciente canaria, que refrenando sus deseos de saber del ausente, le señaló un sillón.

—Sentaos, señor.

Ankou Kerbrat siguió en pie, doblado el brazo en el que soportaba su tricornio, y apoyada la diestra en la empuñadura de su sabio marino.

—Ante vos se presenta Ankou Kerbrat —comenzó a recitar, erguido el busto y los ojos perdidos en un punto vago a unos centímetros por encima de la cabeza de Rosa Hoyos—, segundo de a bordo del bergantín «Madriles», del que es capitán y propietario don Diego Lucientes. Anclé en Burdeos, anteayer, cumpliendo órdenes de mi capitán. Y cumpliendo también sus órdenes, mi primer acto ha sido presentarme unte vos, para recibir vuestros mandatos.

—¡Pobre de mí! —sonrió ella con dulce melancolía—. Yo no os puedo dar órdenes, Ankou Kerbrat. Mi marido siempre hablaba de vos en términos muy elogiosos, y os considero un amigo. Hacedme el honor de consideraros huésped de Civry por cuanto tiempo queráis.

—Vuestra bondad me conmueve, señora. Pero debo regresar de nuevo a Burdeos. Os repetiré las palabras de mi capitán. Zarpamos como sabéis de La Palma. Al anclar en Cádiz, me ordenó que pusiera rumbo a Burdeos, y que en este puerto, os considerase capitana de la nave. Me recomendó os hiciera saber que vos debéis disponer del bergantín…

—¿Él? ¿Dónde está? ¿.Cuándo vendrá?

—Mi capitán, señora, me dijo que se disponía a venir a Civry, efectuando su viaje a través de tierra española.

Rosa Hoyos palmoteó gozosa, alborozada, con pueril alegría, que iluminó su semblante. Impasible, Ankou Kerbrat, siguió mirando a lo lejos, impersonalmente, como lo exigía la disciplina…

—Iré a comunicar la buena nueva a mi hija, Ankou Kerbrat.

—Con vuestro permiso, señora, me retiraré. El bergantín depende de mí, y el tenerlo por más tiempo abandonado sería incumplir las órdenes recibidas.

Rosa Hoyos acompañó al bretón hasta la verja. Iba ya él a ensillar, cuando se detuvo al sentir, que se apoyaba una mano en su antebrazo.

—Os tengo que pedir perdón, Ankou Kerbrat.

Aunque habituado a la más rígida de las disciplinas el 'bretón no pudo reprimir un gesto de asombro, Permaneció en silencio.

Ella rió suavemente, con alegría.

—¿Recordáis a,un hombre llamado Anthime?

—Un desertor —dijo con fría cólera el bretón—. Si algún día le echase le guante encima, sus espaldas sabrían a qué se exponen los que abandonan un barco sin permiso. Desapareció después de anclar en Cádiz.

—Os suplico que si le veis, no toméis contra él ninguna medida disciplinaria.

—Por el instante, señora, acato vuestra orden.

—Es que la culpable soy yo. Sí, me comprenderéis fácilmente. En La Palma quise asegurarme a bordo el servicio de un hombre que estuviera siempre al corriente de lo que mi esposo hacía. ¡Oh, no, no..,! Por curiosidad, no. Era para saber siempre dónde estaba mi marido; si algo le sucediera, Anthime tiene por misión ser mensajero de la mala noticia, que debe comunicarme con toda urgencia, para que yo, con mis propios medios, pueda acudir en auxilio del hombre que es vuestro capitán... y al que, pese a todo, yo quiero con toda mi alma. Buenas tardes, Ankou Kerbrat. Os agradezco vuestras noticias.

Por espacio de varios días reinó en Civry una gran alegría. Rosa Hoyos, como una niña más, compartía los juegos de Gabrielle Lucientes, la rubia pelirroja de ancha boca y despierta inteligencia...

Pasaron dos semanas, y a media mañana de un fresco día septembrino, un jinete cubierto de polvo, demacrado el rostro, llegó a todo galope ante la verja del castillo y des montó presuroso.

—La señora me espera. Soy Anthime —anunció precipitadamente al guardabosque—. He reventado muchos caballos, y tengo muchas leguas a lomos. No me hagáis esperar. Paso libre, que soy mensajero urgente.

Rosa Hoyos, al oír el nombre que Robert Charles anunciaba, llevóse las dos manos al corazón, para contener los apresurados latidos que repiqueteaban en su pecho...

Anthime, el «desertor», con las visibles huellas de un agotador viaje, vino a cuadrarse ante la que le había pagado con generosidad...

—No sé cómo empezar, señora... Yo debo... Perdonadme, si soy brusco. Como me encargasteis, procuré seguir los pasos del capitán Lucientes. Algunas veces le perdí la pista, pero en Sevilla Su nombre sonó mucho. Y... tengo la pena de comunicaros... que... en la plaza de la Cebada, el verdugo sevillano ahorcó al capitán Lucientes.

Anthime no tuvo tiempo de recoger entre sus brazos a la que acababa de desplomarse rápidamente como herida por un rayo.

Agotado por el largo viaje, más que arrodillarse fue a caer junto a la desvanecida. Contra su espalda sintió un menudo repicar de pequeños puños; crispados...

—¡Malo! ¡Malo! —chilló una voz aguda. Y Gabrielle Lucientes, dilatada la boca por el furor, a medida que repetía su calificativo, golpeaba sañudamente las espaldas del mensajero de la' fatal noticia.

Anthime se puso en pie, cohibido. Acarició la cabeza de la que ahora le propinaba furiosos puntapiés en las piernas...

—Adiós, pequeña. Lamento... Dile a tu mamá que he ido a Burdeos, para comunicarle a Ankou Kerbrat lo sucedido.

* * *

Ankou Kerbrat llegó días después, para hallarse ante una afligida mujer, vestida enteramente de negro, que aceptó conmovida el beso humano con el que el rudo bretón manifestaba su pena sincera, apartándose por una vez de su rígida disciplina, casi inhumana.

—Con el testimonio de Anthime, testigo presencial da] hecho, acabo de visitar en Angulema al notario, señora. Os repetiré lo que me dijo el señor notario: «Sed fuerte y venced el dolor... por ella, vuestra hija». Yo, señora, vengo a deponer el mando del bergantín. Carente de capitán, estimo que debéis dejar al notario que tome a su cargo la venta del barco. Si no os oponéis, regresaré a Burdeos para licenciar la tripulación, y por mi parte volveré a mi aldea del litoral. No podría ya permanecer a bordo del barco en el que cada aparejo me recordaría la generosa figura del que fue para mí el mejor de los hombres y el más valiente de los capitanes.

A partir de la visita de Anthime, e1 castillo de Civry fue, más que nunca, un lugar hermético, donde tan sólo entraban los

maestros que prodigaban sus enseñanzas a una rebelde criatura, más indisciplinada y remisa que nunca, desde que aprendió por boca de su madre que Diego había ido al Más Allá.

Pero el Tiempo fue actuando como el mejor de los bálsamos. Acentuada la melancolía de Rosa Hoyos, y más frágil aún su delicada salud, siempre permanecía! sepultada entre almohadones, y cubierta de pieles, cerca del fuego, para mitigar los rigores del invierno francés.

Gabrielle fue acostumbrándose a no rebelarse, dominando; su ingenua protesta contra el Hado Malo, que la había privado del más simpático de los compañeros infantiles de juegos, al desaparecer Carlos Lezama en la tormenta, y que ahora la dejaba sin padre, su otro compañero insustituible por excelencia.

Resignada, se convirtió en hija sumisa, porque el notario Honoré Fripon, al aconsejarla, supo hallar las palabras precisas:

«Tu mamá es una débil llama, Gaby. Tiene pena, y tú acabarás de apagar la frágil luz de su existencia si sigues comportándote tan ariscamente. Obedécela siempre, y sé buena. Tu padre te ve, desde lejos, y tú no querrás que él llore viéndote tan mala...»

Con la primavera, Rosa Hoyos recuperó la vitalidad, y Robert Charles, cuando veía pasear por los jardines del castillo las figuras de la madre y la hija, asidas de la mano, crispaba los labios y refrenaba su impulso de correr a postrarse de rodillas ante la mujer que, ignorante de ello, le quitaba el sueño...

Y hacía esfuerzos para olvidar las extrañas palabras del aun más extraño sujeto que en un día de otoño le abordó en las cercanías del río.

CAPÍTULO I

El eterno viajero

El otoño confería a los muros históricos de la medieval ciudad de Angulema, una pátina dorada recociendo los tímidos rayos de sol que entibiaban la atmósfera.

Ante la posada de relevo de postillones y diligencias de la salida de la ciudad, fue a descabalgar un jinete, que había llegado por la carretera procedente der sur.

Era un sujeto de anchas espaldas, esbelto y alto, que llamaba la atención por varias características. Vestía ropas elegantes, pero cubiertas de polvo, como las de un caballero.caído en la miseria o de un viajero sin bagajes.

Un tricornio azul ladeábase sobre unos cabellos rojos, naturales, que parecían proclamar el desacato de su dueño a la costumbre de usar peluca, que entonces se hallaba tan en boga entre los caballeros.

Calzaba sus dos manos con guantes de terciopelo azul, con manoplas que remontábanse hasta medio antebrazo. Sobre su casaca amarilla polvorienta, se desbordaba el coleto de encajes, algunos de los cuales estaban desgarrados.

Sus calzas azules enfundábanse en altas botas mosqueteras, y al cinto llevaba tres pistolas, una daga y larga espada de duelista.

El rostro completamente rasurado, tenía en los ojos pardos una luz de sempiterna burla, y la ancha boca descubría al hablar unos dientes blancos que se destacaban en la piel morena de hombre acostumbrado a vivir a la intemperie.

Descabalgó de un jamelgo esquelético, acercándolo a un abrevadero. Cuando el caballo hubo saciado su sed, que a juzgar por cuanto prolongó la inmersión de sus belfos en el agua, debía ser

mucha y atrasada, el forastero volvió a montarlo, palmeando su cuello.

—Aguanta, penco. Ya habrá comida en Civry, para los dos —habló el desconocido, manejando las riendas hasta lograr que el fatigado caballo emprendiera cansadamente la ruta en cuyo principio un cartel indicador contenía la inscripción: «CIVRY».

Recorrida la primera legua, y en la desierta carretera que iba serpenteando siguiendo el curso del Loira, con el río a su diestra y frondosos boscajes a su izquierda, el jinete monologó con su montura:

—Eres discreto, penco. No me replicas ni protestas, acusándome de mal administrador. Comprendo que cuando crucé la frontera galo-española, tenía una buena bolsa, que me cedió amablemente Truant Lambert, y que contenía lo suficiente para vivir tú y yo largos meses. Pero, amigo penco, yo tenía que vestirme decentemente. Además, tenía que recorrer las comarcas por donde pasaba, en plan de inteligente viajero. Sin bagajes y sin precipitación ni itinerario fijo...

Arrancó al pasar una hoja de una rama, que rozó su tricornio. La masticó con fruición.

—Es delicioso pasar hambre, amigo caballo. Después se come con tal placer, que se añora el haber pasado hambre. Y vacía la bolsa, los problemas y las pequeñas preocupaciones entretienen. Ahora hallarás un establo lleno de pienso vulgar; te tenderás vulgarmente, y engordarás como un burgués que vive de sus rentas.. ¿Eso es vivir, penco?

El caballo relinchó estrepitosamente gastando el resto de sus energías, al sentir en sus ijares la presión de los tacones del jinete.

—Un esfuerzo más, Rocinante. La cuadra está cerca. Toda una señora cuadra de un señor castillo...

Una curva de la carretera permitió al viajero divisar la silueta de un castillo que emergía de una frondosa vegetación, al otro lado del río.

Condujo el caballo hasta hacerle atravesar el puente tendido rústicamente por encima de las quietas aguas del apacible río, y detuvo entonces su montura, palmeando de nuevo su cuello jadeante y sudoroso.

—Recobra fuerzas, buen equino. Eso de equino es para

demostrarte que soy hombre de letras, que antaño estudio leyes y desde entonces les cogió inquina. Llena tus ojos con este panorama tan delicioso. Parece un pastel sabroso. Donde los bien alimentados ven arboleda y musgo, tú ves verdores de jugosa hierba, que pastarás con ahínco, hasta saciarte, tan pronto lleguemos a aquel señorial castillo, que por caprichos del destino me depara un alojamiento gratuito. Y donde un pintor vería frescos colores de campiña riente, yo veo abundantes manzanos que producen espumosa sidra, y suculentas vacas que a regañadientes, pero sin rechistar, me proporcionarán asados reconfortantes. ¡Animo, caballejo! Siéntele potrillo y procura galopar.

El caballo procuró obedecer el mandato de los tacones, y emprendió un supremo esfuerzo que se tradujo en un trotecillo anhelante…

Se detuvo por sí solo, cuando aún distaba el castillo media legua. Diego Lucientes descabalgó, y dejó que su montura inclinase el cuello ávidamente para masticar ruidosamente la copiosa hierba del prado.

Un individuo alto y encorvado, llevando en bandolera un fusil de caza, examinó recelosamente al que se le acercaba.

—Buenos días caballero —saludó Diego Lucientes, tocándose coa la manopla azul el borde de su tricornio.

—¿Sois de Civry?

—Guardabosque y colono del castillo —replicó Robert Charles, cesando en su inspección de la indumentaria del viajero, elegante pero necesitada de un recambio.

—¡Ah, magnífico! Supongo que ya tendréis deseos de saber qué trazas tiene el dueño del castillo.

—Murió —dijo lacónicamente el «misántropo».

—¿Eh? —sobresaltóse Diego Lucientes.

—El señor Diego Lucientes murió violentamente en una plaza de Sevilla, ciudad española. ¿Acaso erais amigo suyo? Si tal, la señora viuda y su hija os recibirán, pero yo, en vuestro lugar, si realmente profesasteis amistad al señor Lucientes, no visitaría a la señora Rosa…

Diego Lucientes, pese a la frescura del día sintió un repentino calor. Echóse hacia atrás el tricornio, pasándose los dedos por entre los rojizos cabellos. Después se acarició la cicatriz que surcaba

verticalmente su frente yendo del nacimiento del cabello al entrecejo.

—¡Repámpanos, amigo! De golpe y porrazo me habéis soltado una serie de noticias extrañas. En efecto, yo soy un gran amigo de Diego Lucientes y a la vez su peor enemigo, porque cuantos daños le ocurrieron yo mismo se los causé. ¿Por qué me aconsejáis que no visite a la señora… viuda?

—Está resignada. Ella y la hija están ya conformadas a la idea de nunca más ver ni oír hablar del señor Lucientes. Y ambas necesitan rehuir las emociones… ¿Vos sabéis cómo murió el señor Lucientes?

—Sé cómo vivió.

—Yo oí al mensajero de la fatal noticia. Un bretón marinero que abandonó el bergantín perteneciente al señor Lucientes, para seguir sus pasos.

Os cuento todo eso, porque por vuestro acento adivino que sois español, y que seguramente habéis venido con la intención de visitar a mi señora y darle noticias de su marido. Sabed, pues, que murió ahorcado en una plaza de Sevilla.

—¡Repámpanos! ¡Vaya epílogo! No obstante, persisto en visitar a la viuda. Creo que mi visita la alegrará bastante.

—Como queráis. Pero el mismo señor notario Maître Honoré Fripon, fue el que me dijo procurase hablar como lo he hecho a los que, siendo amigos del difunto señor Lucientes, deseasen visitar a la señora.

—Caramba, amigo… No creo que mi visita resulte perjudicial ni mucho menos.

—El médico que asiste a la señora, ha dicho que cualquier emoción, cualquier noticia que renovase su pena, podría matarla.

Diego Lucientes se disponía a ensillar de nuevo el caballo que ya ahíto de hierba, alzaba el cuello con brío, cuando recordó una frase del Pirata Negro: «La malhadada suerte quiere que acarreemos la desgracia de aquellas que nos aman, estudiante»…

Sé detuvo con una mano en el arzón. La mano de hierro que encubría la manopla de terciopelo…

—No mencionéis mi visita. Iré antes a hablar con el notario, y posiblemente regrese con é1. Hasta luego, amigo.

Pero Robert Charles aguardó varios días inútilmente, porque nadie se presentó; ni el notario ni el extraño sujeto del cabello rojo,

que antes de partir, habíale dicho, volviéndose a medias sobre la silla:

—Quizá sea mejor no importunar a una viuda resignada.

* * *

Maître Honoré Fripon, en su despacho de Angulema, miró por encima de sus antiparras al visitante que acababa de introducir su pasante.

—No quisisteis decir vuestro nombre, caballero, ni anunciar el motivo de vuestra visita. Os he recibido, porque mi pasante me comunicó que alegabais haber efectuado un largo viaje desde España.

—Soy un eterno viajero, señor notario. Aunque permanezca en un mismo sitio meses y meses, mi mente viaja constantemente. Vine a Angulema con el propósito de permanecer en la ciudad varios meses. He cambiado de idea.

—Bien, bien —, dijo con impaciencia el notario—. ¿Cuál es el motivo de vuestra visita, caballero? No dispongo de tiempo...

—Traía noticias de Diego Lucientes, señor.

El notario pareció despertarse del adormecimiento que debían haberle producido los voluminosos legajos abiertos que inundaban su mesa.

Señaló el sillón que ante sí tenía, fil otro lado de la ancha mesa.

—Os hubiera recibido inmediata —1 mente si lo hubieseis hecho saber a mi pasante. Soy el albacea testamentario del señor Lucientes, y por tanto el más indicado para representar los intereses de su viuda.

Diego Lucientes torció la boca en sonrisa levemente amarga.

—Me disponía a visitarla, pero me salió al paso un guardabosque, quien me puso al corriente de varias cosas. Entre otras, una que ignoraba: la muerte de Diego Lucientes —dijo el madrileño.

—¿Fuisteis gran amigo de él?

—A ratos le detestaba profundamente, casi le tenía asco. En otros, le tenía mucho cariño. ¿Vos le conocisteis?

—No tuve nunca tal honor.

—No os perdisteis gran cosa. Era un borrachín pendenciero y tahúr que anhelaba ser mejor, y cuando podía serenar su espíritu, huía... Un indeciso despreocupado, que se preocupaba por lo que no

tenía importancia, y se encogía de hombros ante los serios problemas. Un ser indefinible, cuya única excusa, era que si cometía errores, no lo hacía por maldad. Recuerdo que una vez me dijo más o menos, que la mejor prueba de cariño que podía ofrecer a su esposa y a su hija, era morirse.

—Tanto no diré, caballero, pero sí puedo afirmaros que por las confidencias de la señora viuda, estimo mejor que el señor Lucientes no haya sobrevivido a su viaje por España.

—¡Repámpanos! ¿Acaso ella os dijo qué anhelaba ser viuda?

—¡Oh, no...! Todo lo contrario. Le aguardaba con frenesí, porque le amaba con entera entrega de alma y cuerpo. Soy hombre viejo y he aprendido a conocer a mis semejantes. Si Diego Lucientes hubiese vuelto habría permanecido poco tiempo junto a ella. Y la escasa felicidad que él la hubiera proporcionado, hubiese equivalido a una agonía dichosa. Ella es muy sensible... Precisamente de eso quiero hablaros. Tengo la certidumbre de que, con el tiempo, ella olvidará o al menos se repondrá de la aguda melancolía que la consume. Ahora cualquier emoción la perjudicaría, y quizá podría producirle la muerte. Nosotros evitamos toda alusión al difunto. Al decir nosotros, me refiero única y exclusivamente al guardabosque, su hermana, y los preceptores de la niña, Gaby, hija de la primera esposa del muerto.

Diego Lucientes ocultó con su guante la contracción de su garganta, al oír mencionar el nombre de su hija.

—La conocí. Era una muchachita..revoltosa, alegre, muy inteligente.

Tenía buenas cualidades... supongo que heredadas de Gabrielle de Civry.

—Cualidades que la señora Hoyos mejorará, porque es la mejor de las madres. Yo os aconsejaría, caballero, que desistierais de visitar a la viuda. En el mejor de los casos, no haríais más que renovar un dolor.

—Creo que habláis acertadamente señor. Desisto de visitar a la resignada viuda.

—Gracias. Más tarde, cuando pasen algunos meses, podre citar vuestra visita. ¿Vuestro hombre, por favor?

—No es preciso. Ella... no me conoce. No le describáis mi aspecto, porque quizá ello le produciría un mal recuerdo.

—¿No dijisteis que no os conoce?

—Pero alguien le hizo la descripción de mi persona. Si como creo queréis evitarle malas impresiones, olvidad mi corta visita.

Dirigíase ya Lucientes hacia la puerta cuando dio media vuelta.

—Desearía visitar a. un bretón llamado Anjou Kerbrat, segundo de un bergantín anclado en Burdeos.

—El bergantín fue vendido, y el bretón a que aludís, volvió a su aldea del litoral.

Diego Lucientes se encogió de hombros.

Maître Honoré Fripon no hizo la menor alusión a aquella visita. A su parecer el pelirrojo viajero debía ser un compañero de aventuras del difunto, porque se jactaba de conocer a los hombres, y, a su juicio, aquel pelirrojo plasmaba en su semblante las características de un hombre sin moral.

CAPITULO II

Un empleo adecuado

En la rué Lépic, uno de 1os callejones más sórdidos de Montmartre, existía un edificio construido en el siglo XIV, para servir de alojamiento a las fuerzas mercenarias de un noble rebelde, que más tarde fue convertido en posada donde iban a hallar un refugie seguro, cuantos «corta-bolsas» y gente mal afamada, buscaban sitio en qué comer y beber a cuenta de futuras operaciones delictivas.

Pero a principios del siglo XVIII, el antiguo cuartel de rebeldes, y la mísera posada efe maleantes, había sufrido una ingeniosa transformación muy productiva.

En 1705 compró el edificio un avispado mercader, quien colocó a su hijo, mozo despierto y con el don de los negocios, al frente de aquél.

La sala baja se dedicó a servir comidas a los gastrónomos que podían pagarlas. El primer piso convirtióse en sala de armas. Y el segundo piso se amuebló con mesas de juego.

Aquella transformación de la posada en salas destinadas a albergar por horas a los amantes de la buena mesa cara, el arte de la esgrima y el placer del juego dispendioso, hizo reír a los habituales de Montmartre, que pronosticaron la total ruina para Salomón Youpin y su hijo David.

Pero Se equivocaron por completo. La caprichosa sociedad elegante dio en encontrar muy agradable el pernoctar en los espaciosos salones abiertos bajo el nombre común de «AU BON VIVEUR» (Al buen vividor).

Los cortesanos encontraban placentero efectuar una buena digestión sentándose a las mesas de juego, después de haber comido

exquisitamente abierto el apetito por unos cuantos asaltos con los afamados maestros espadachines a sueldo de los Youpin.

Y ellas sentían escalofríos deliciosos, al recorrer en sus carrozas o a pie las calles mal afamadas que conducían al establecimiento de moda. Y, sabiamente, los propietarios de¡«AU BON VIV.EUR», toleraban la entrada a los indefinibles sujetos que por hallarse momentáneamente en posesión. de algunas monedas de oro, iban a perderlas en la mesa de juego.

Cuando David Youpin escuchó las frases de su jefe de sala, quien desoía que quizá al permitir libremente la entrada a todos, podrían retraerse los atildados cortesanos, replicó que precisamente aquello daba el ambiente propicio para los que acudían, no tan sólo en busca de una buena cocina, cosa que ya tenían en sus residencias, sino por encima de todo en busca de emociones, que el juego la vida nocturna en el peligroso Montmartre, les proporcionaban ampliamente.



—¿Desea el caballero?

—...y si hallaran aquí siempre las mismas caras que ven en Palacio, se aburrirían —remachó el sagaz judío.

Pequeño de estatura, endeble, y de rostro muy pálido, David Youpin estaba en todo. Entraba y salía de las cocinas, sabía hablar

respetuosamente pero sin servilismo a los comensales, dirigía diestramente a los encargados de la sala de juego, y sabia imponerse a los quisquillosos maestros de armas, cuando para lograr la asiduidad de algún rico visitante, era preciso que, al menos una vez, se dejasen «tocar» los espadachines.

Y porque estaba siempre atento a todo, fue el primero en darse cuenta de que uno de los lacayos cerraba el paso a un individuo que pretendía entrar en el vestíbulo que conducía a la triple escalinata.

David Youpin valoró como habituaba el aspecto del recién llegado. No llevaba capa y hacía frío. No llevaba espada ni armas, y sin embargo poseía anchas espaldas y largos brazos. Sus ropas eran raídas, y sin embargo tenían un corte elegante y bien escogido.

—¿Desea el caballero? —vino a decir David Youpin apartando discretamente al lacayo.

—Comer, beber jugar. ¿Se puede o no se puede? Hay encima de la puerta un cartel que dice «Al buen vividor». Quiero serlo... al menos por esta noche. Tenía un caballo, tres pistolas, una daga y una espada. Ahora sólo tengo mis piernas, la lengua y mis dos brazos... pero además tengo cien luises relucientes. ¿Bastan como garantía?

Y Diego Lucientes, sonriendo, agitó en el aire una bolsa, que tintineó con repique metálico.

David Youpin conocía a todos los maleantes de París, porque muchos de ellos le debían favores, y todos acudían a él, en solicitud de ayuda en casos comprometidos. Era una de las razones por las que su establecimiento podía subsistir sin graves daños...

Pero no conocía a aquel.pelirrojo de tricornio y manoplas azules.

—Sírvase el caballero excusar al lacayo. No sabe reconocer al caballero, que por el acento juzgo meridional.

—Español... y con hambre de París. Este cierzo que sopla en la calle cosquillea el estómago En cuanto al lacayo queda excusado, porque tuvo vista. Mi equipaje, mientras río hiciera yo sonar la bolsa, no predispone a mi favor. Llevadme a una mesa donde haya cristales que avaloren el buen vino y platos calientes que soporten dignamente las buenas viandas. Al mismo mercader al cual vendí mi caballo y mis armas, le pregunté dónde podía comerse como un glotón de paladar delicado, y dónde podría jugar como un hombre ávido de perder sus ganancias. Me señaló la rué Lepic y este

establecimiento.

—Deseo quedéis complacido en lo que al paladar se refiere, caballero. En cuanto a perder vuestro dinero, el Azar decidirá.

De vez en cuando el propio David Youpin iba a inquirir si los manjares gozaban de la aprobación del nuevo cliente fortuito.

Extendióse en plácemes Diego Lucientes, y David Youpin sufrió una de las escasas equivocaciones de su diario estudio de la humanidad.

Cuando el mozo que servía la mesa del español fue a decirle que el número de frascos vaciados por el comensal sumaba cinco, David Youpin calculó que el resto de la bolsa del incauto quedaría en los cajones de la banca de juego.

Un hombre que habla bebido un frasco de Sauternes con el pescado, uno de Chateau'apompe con el aderezo de verduras escogidas, en revoltillo con huevos' y setas, otro de Anjou con los asados, y dos de Champaña con los variados postres y cremas, no estaba en condiciones de tener la cabeza sólida y vigilante en las apuestas.

Temió que no podría llegar a la sala de juego, cuando supo que había pedido un frasco de Armagnac como digestivo.

Pero le vio levantarse sin vacilación, y depositar varias monedas una encima de otra. La cuenta exacta, y el montón estaba en perfecto equilibrio vertical, sin que ninguna moneda sobresaliera de las otras.

Diego Lucientes, brillantes los ojos, pasó por delante de David Youpin y al verlo se detuvo.

—Espléndida cena, anfitrión. Pero faltaba algo…

—¡Cuánto ¡lo siento, caballero! Presentadme vuestra queja y procuraré ponerle remedio para el futuro. ¿Acaso los vinos no estaban suficientemente enfriados? ¿quizá las especias no…?

—Hablando de especias: una comida sin que la vista pueda descansar de vez en cuando en alguna hermosa, aunque sea de propiedad ajena, carece de un primordial requisito, tan primordial como para el vino lo es un cristal fino y transparente.

—Es hora temprana, caballero. Las bellezas de París se congregan en mi establecimiento cuando salen del espectáculo de Palacio y de las reuniones particulares.

—Lo celebro. Si la suerte me es propicia volveré al comedero,

porque aunque ahíto de pienso, no desprecio nunca un «tente acostado» bien rociado, antes de ir a buscar donde me den camastro. ¿Cuál de aquellas tres escaleras conduce a la sala de juego?

—La del centro, caballero. Os deseo muy buena suerte. Y quedo muy agradecido a vuestra visita. Siempre complace tener por cliente a quien demuestre saber elegir platos y vinos. Vuestro servidor, caballero.

Alejóse Youpin, mientras Lucientes subía las escaleras. Asió por la manga a un lacayo.

—¿Quién es aquel melifluo jovenzuelo de rostro pálido como un rayo de luna y de cabellos negros como ala de cuervo?

—Es el señor David. El dueño del establecimiento, caballero.

—¡Repámpanos! —comentó Lucientes en su ascensión—. Es hombre que entiende sus negocios, y aplica el refrán de que el ojo del dueño enflaquece al cliente.

La sala de juego estaba dividida en varios compartimientos que se comunicaban entre sí por puertas abiertas. Había una escasa concurrencia, formada en su mayoría por jóvenes cortesanos dominados por el vicio del juego.

Acercóse Lucientes a la mesa en que se jugaba al «reloj». Las doce cartas por orden numérico formaban círculo a modo de esfera de reloj de sol.

Los asistentes colocaban las monedas en la carta que elegían, y el banquero, empleado de la casa, una vez terminadas las apuestas, iba lanzando carta tras carta del paquete que mantenía en la diestra.

Cuando una de las cartas coincidía con alguna de las que contenían las apuestas de los que se sentaban alrededor de la mesa, empujaba hacia la carta ganadora idéntica cantidad a la depositada en ella. Pero si salía el rey, retiraba todas las apuestas, porque el rey era naipe que la banca de la casa se reservaba.

Los jugadores tenían opción si «copaban» una de las cartas a reservarse una doble banca alterna con la de la casa.

Diego Lucientes colocó sobre un siete de corazones, diez monedas de ero.

—Copo —dijo amablemente, dedicando una sonrisa circular a cuantos rodeaban la mesa.

Dio unos pasos hasta colocarse junto al «croupier» en cuyas manos fijó la vista sin apartarla.

El «croupier» no empleó ningún recurso. Por diez luises no quería exhibir sus secretas cualidades...

Salió un ocho, dos nueves, una, sota y un rey. Retiró todas las apuestas. Volvió Lucientes a colocar diez luises en el siete de corazones.

Al perder, colocó veinte luises en a1 mismo naipe. Y dedicó un guiño amistoso al «croupier» volviendo a mirarle significativamente las manos.

—Quien la sigue la mata, amigo.

Confió de nuevo, el «croupier» en la suerte, pero esta vez la primera carta que salió fue el siete de tréboles. Recogió Lucientes los veinte luises que el «croupier» colocó junto a los suyos.

—¿Baraja, señor? —ofreció el banquero.

—Trae acá. Tengo prisa por ir a una cita, y si no cojo la baraja, soy capaz de ganar toda la noche sin poder irme. La casa tiene el rey... Me quedo con la reina, y pago del siete al as. Dejo para la casa del ocho al rey en las apuestas. Hagan juego, señores. ¿Quién quiere el dinero del «Bon Viveur» o el de mi menda golosa?

A la media hora de juego, el banquero cedió su baraja a otro compañero. Bajó a avisar a David Youpin, de que un desconocido, manejaba el naipe al parecer con torpeza, y en realidad con una maestría de profesional.

Había ya logrado amontonar delante de sí un centenar de luises. Subió David Youpin las escaleras con paso apresurado, y cuando llegó a la sala del «reloj» Diego Lucientes le dedicó una leve reverencia.

—Vuestro pronóstico fue acertado, David. El azar me es favorable. Echo la última mano, porque tengo una cita.

Supo perder voluntariamente, y se levantó sin contar las monedas que se echó al bolsillo interior de su raída casaca.

—Gracias, señores, y espero que mañana pasaré a dejar los beneficios de esta noche propicia.que desgraciadamente no se repetirá.

Bajaba las escaleras, cuando David Youpin le alcanzó.

—¿Me toleráis que os robe unos minutos, caballero? Desearía hablar particularmente con vos.

—No tengo inconveniente. Ante las amables invitaciones siempre me rindo sin protesta.

—En aquella sala estaremos cómodos, caballero-y el judío señaló hacia la segunda escalera.

Diego Lucientes le siguió en silencio y después de atravesar un vestíbulo, entraron en una vasta sala. De las paredes colgaban panoplias al alcance de la mano, y varios banquillos dividían la sala en compartimientos.

En el suelo, en determinados espacios, aparecían mullidas colchonetas. Un individuo de largo bigote de guías caldas, afeitado, calvo y de semblante fiero, defendido el pecho por una coraza de esgrimista, y enfundadas las robustas piernas en ajustadas calzas negras, comprobaba el temple de varias espadas, una tras otra, en un rincón de la sala.

—Hazme el favor, Tourbillon —invitó Youpin con un ademán al maestro de armas.

Tourbillon se acercó con el elástico paso del espadachín ejercitado. Llevaba en la mano una espada.

Cuando el profesional de la esgrima estuvo, a su lado, David Youpin sonrió mirando a Diego.Lucientes, que le devolvió la sonrisa.

—Os invito, caballero, a que restituyáis las ilegitimas ganancias que habéis logrado en la sala de juego.

—Si hubiese perdido, no me habríais restituido mis pérdidas. No veo pues por qué razón debo desembolsar lo que he ganado.

—Hicisteis trampas —dijo secamente el judío.

Rió Lucientes retrocediendo un paso.

—No lo niego. Si no las llego a hacer, ¿cómo diablos hubiera podido ganar? Ayúdate, y el azar te ayudará, liste es mi lema.

—Os invito de nuevo a que me entreguéis lo ganado. Y, con harto sentimiento, en lo sucesivo, no se os permitirá la entrada en mi establecimiento.

—Dueño sois de vuestra casa, como yo lo soy de mi bolsillo.

—Sois un tahúr fullero.

—No pienso rebatirlo. Aborrezco las mentiras inútiles. La fuerza de las circunstancias me obliga a ser precavido con mi bolsa, y no exponerla tontamente. Debo dar un empleo adecuado a mis capacidades...

—Por última vez-dijo Youpin —.— Entregad voluntariamente el dinero que habéis ganado haciendo trampas…

—¿Me acusó algún cliente?

—Mi propio «Croupier».

—Naturalmente. Él es un técnico en trampas. Y sólo él podía adivinarlas, porque me precio de saber manejar el naipe con tanta o más facilidad que él. No hay pues ningún mal para la casa. A lo sumo la he privado de un pequeño beneficio, que ya rescataréis en el resto de la noche.

—Vaciad el bolsillo, o… daré libre paso a mi maestro de armas.

Tourbillon agitó significativamente su espada. Diego Lucientes retrocedió un paso más, pero estaba lejos del umbral de la sala. Un banquillo chocó en contacto con sus pantorrillas…

—¡A él. Tourbillon! No le malhieras… —gritó Youpin.

El espadachín abalanzóse dispuesto a colocar la punta de su espada en el pecho del tahúr. Lucientes se agachó y lanzó con fuerza el banquillo…

Tourbillon saltó de costado, esquivando el impacto. Pero no pudo evitar el contacto del puño izquierdo del agredido, que dándole de lleno en el pecho le derribó de espaldas, boquiabierto…

No podía saber, como tampoco Youpin, que la manopla ocultaba una mano de hierro…

Saltando por encima de un banquillo, abalanzóse Lucientes a una panoplia y arrancó de ella una es pada.

—Presto estoy a seguir esta amable tertulia. No quiero pelea, David. Pero si vuestro Goliath vuelve a las andadas, me temo que en vuestro establecimiento habrá un maestro de armas menos.

Torbillon se puso en pie, congestionado el semblante.

—¡«Tonerre du diable»! ¡«Sacré espagnol»! —vociferó cargando contra el imprudente que se atrevía a desafiarle.

David Youpin retrocedió, mientras, perplejo, contemplaba el desarrollo del duelo. Su mejor espadachín, el hombre de los ataques en tromba, que poseía un brazo fuerte y un completo dominio de todos los recursos de la esgrima, no lograba desarmar al pelirrojo.

El dominio era alterno, y tan pronto era el francés el que retrocedía ante una serie de peligrosas estocadas del español dirigidas a sus piernas y a Su cuello, cómo era Lucientes el que debía batirse en retirada ante la férrea acometida del incansable

Tourbillon.

De pronto, David Youpin abalanzóse a una panoplia, y por un instante Diego Lucientes cambió de táctica adosando sus espaldas a la pared del fondo, creyendo que el judío venía a reforzar el ataque del maestro de armas.

Pero la espada de Youpin golpeó repetidamente sobre la guarda de las espadas de ambos contendientes, que no cejaban en su forcejeo...

—¡Alto, señores! ¡Paso atrás, Tourbillon! ¡Paso atrás, caballero!

Tourbillon, sudorosa la calva, dio dos pasos atrás levantado su espada, Diego Lucientes, jadeante el pecho, también alzó el acero.

El judío fue a colocarse entre los dos ex contrincantes.

—Permitid que os invite a una conversación particular, señor —dijo David Youpin con entonación amable.

—¿Otra sala dónde haya tres o cuatro espadachines más?

—Mí despacho particular, donde sólo está mi hermana, que lleva la contabilidad.

—¿Por qué os he de creer? Tengo una espada en mano, y piernas para irme.

—Dijisteis antes que deseabais dar empleo adecuado a vuestras facultades. Venid conmigo, escuchadme, y no os pesará, si me respondéis con franqueza a cuanto yo os pregunte.

—La franqueza no me disgusta cuando es mutua. Pero... ved vuestro dogo. Parece deseoso de cortarme el paso... y su pincho es temible.

—Deja paso, Tourbillon.

Vigilante, sin soltar la espada que había escogido de la panoplia mejor surtida, Diego Lucientes fue andando de lado hasta alcanzar la puerta que le abría de par en par David Youpin.

—Por el instante no temáis ningún ataque, señor español —advirtió Youpin.— Yo no soy enemigo para vos, y mucho menos mi hermana. Ella es mujer entendida, y sabrá apreciar por vuestras palabras si no me equivoco al haceros una proposición.

Siguió Lucientes tras el judío, que después de subir una escalera estrecha, se detuvo en un rellano donde se abrían varias puertas. Empujó una de ellas precediendo a Lucientes, que con precaución, entró tras él.

Pero no había en la sala más que varias sillas, una mesa, y un

mueble de varios cajones ante el que se hallaba una mujer que estaba introduciendo en aquellos varios papeles cosidos entre sí.

—Mi hermana Raquel-dijo Youpin. —Sentaos, señor.

La presentada replicó apenas con breve inclinación al respetuoso saludo de Lucientes que con la espada bajo el sobaco, la miró sin gran interés.

Era una mujer alta, delgada, de estrecha cintura y anchas caderas. El rostro era feo, de aguda barbilla, ancha boca gruesa, dientes muy blancos, —nariz larga y amplia frente.

Siguió cogiendo de la mesa fajo de papeles, que iba colocando ordenadamente en los cajones abiertos.

—¿Es cierto lo que me dijisteis que vendisteis vuestras armas y vuestro caballo? —preguntó Youpin.— Sentaos, por favor —añadió haciéndolo él.

Lucientes señaló con el mentón a la mujer que seguía en pie.

—Dejad las galanterías-dijo Youpin. —Mi hermana no es una mujer. Es mi colaboradora en el negocio. Ella nos oye perfectamente, ¿verdad, Raquel?

—Si no quisieras que os oyera, me lo habrías dicho. Y no habrías venido aquí, porque estoy trabajando —dijo ella. Su voz era pastosa, grave, de tonalidad agradable.

Diego Lucientes sentóse, estirando las piernas.

—Vuestro Tourbillon me cansó.

—No eludáis mi pregunta, caballero. Os pedí franqueza,

—La tengo cuando quiero, y si voluntariamente os dije que vendí mis armas y mi caballo es porque estaba sin dinero. He comido bien y be bebido mejor. La casa me ha pagado ambos gastos con creces y ya nada me queda por hacer aquí.

—Supongo que mientras sigáis sin posibilidades de hacer fortuna, la intentaréis visitando una casa de juego tras otra.

—Tenéis buen olfato, David. Eso pienso hacer. A menos que sin escándalos me permitáis la entrada en vuestros salones.

—No. Pero... oye, Raquel. Mira al caballero.

La judía dirigió sus ojos negros hacia el madrileño. Lo examinó con indiferencia.

—Vestido de limpio, instruido de lo que debe hacer —siguió diciendo Youpin— ¿podría servir?

Raquel Youpin continuó examinando al madrileño, sin

comentarios.

Diego Lucientes se puso en pie, dando sobre sus tacones una vuelta completa alzados los brazos, después de dejar la espada en el sillón.

—¿Me habéis visto ya bien, Raquel? Soy esbelto, guapote, y cuando quiero tengo andares de bailaría de pavana...

—No os irritéis, caballero —atajó Youpin—. Vos no podéis comprender que en nuestra charla no hay más que un buen negocio para ambos. Varias veces hemos hablado, mi padre, mi hermana y yo, de que nos haría taita un caballero que aparentase serlo... sin serlo.

—Vaya —y Lucientes sentóse de nuevo atravesando la espada encima de sus rodillas—. ¿Un caballero a la vista y un truhán por dentro?

—Veréis de que se trata. Acuden aquí muchas damas linajudas, que presienten peligros donde no los hay...

—Porque desean quemarse en el peligro —dijo adustamente Raquel.

Sonrió Lucientes, prestando atención a las palabras que siguieron y que el judío fue exponiendo con precisión

—Un rostro abierto, simpático, levemente desvergonzado, como el vuestro. Una espada, como la vuestra. Unas manos que manejen el naipe hábilmente. Un hombre que sepa beber, como vos. Ese es el que yo preciso.

—¿Para qué?

—No quisisteis darme vuestro nombre. No me interesa. Podríais ser... —y el judío, meditó unos instantes— por ejemplo, el marqués de...

—El marqués de Avapiés —— sonrió el madrileño.

—¿Por qué no? En España abundan los títulos y los grandes. Un rico gentilhombre, bien vestido, buen bebedor, gran jugador, galante coa las damas, desafiante si es preciso. Ya os lo indicaría...

—¿Todo eso con qué finalidad? —insistió Lucientes.

—Formar mesa de juego aparte sin intervención de la banca de la casa. Las ganancias que vos recogierais, a medias conmigo. Con ello os podríais pagar el sustento y vivir con esplendidez. ¿No os gusta mi proposición?

Diego Lucientes iba a replicar, pero vio la mirada levemente

desdeñosa de Raquel Youpin fija en sus ropas raídas.

—Hablad vos por mí, Raquel. Suponed que estáis en mi lugar. ¿Qué diríais?

—Sin un ochavo, antes de morirme de hambre o entrar al servicio de un ricachón afortunado, aceptaría sin ambages —dijo ella con dureza.

Diego Lucientes se levantó, sonriente.

—Por eso mismo no acepto. Porque dabais por descontado que me arrojaría como un can hambriento sobre la limosna que me ofrece vuestro hermano para desplumar incautos.

—No hay limosna —dijo dignamente David Youpin poniéndose también en' pie.— Os ofrezco un empleo adecuado. Excusad si mi hermana es algo hiriente. Odia a los hombres.

—¡Calla, David! —murmuró ella.— Este aventurero no tiene por qué saber cosas que no le importan. Además, ¿por qué tanto miramiento? se va o se queda. Que reviente harto aquí o muera de frió y hambre en cualquier esquina, es asunto que a él Sólo incumbe.

—Qué dulzura emana de vuestras palabras, Raquel —dijo sonriente madrileño—. Decidme, David, sí aceptase el empleo, ¿de quién recibirla instrucciones?

—Yo os aconsejaría para el mejor beneficio de ambos.

—Acepto... siempre y cuando vuestra hermana no tenga el menor derecho a meterse en lo que yo haga o deje de hacer.

—Naturalmente —se apresuró a decir David—. Mi hermana atiende únicamente a la contabilidad de gastos y beneficios.

—Entonces, acepto ser el marqués de Avapiés, o el conde de la Rocambola, a vuestro antojo y elección. Pero debo advertiros que no me considero ligado a vuestro, albedrío, más que por la estricta lealtad al cumplimiento de nuestro pacto de desplumar a medias a los incautos. Cuando me canse, me iré, sin tener que daros cuenta.

—Mi cocina, mi bodega y las bellezas que frecuentan mi establecimiento lograrán que aquí viváis como un verdadero marqués. Habéis hallado un empleo adecuado... Con los beneficios que hoy habéis obtenido, podéis mercar vestidos acordes con vuestro nuevo rango. Y yo haré que pronto sea conocido en París el marqués de Avapiés.

CAPITULO III

El hombre que despreciaba el patetismo

El ancho estuario de la rada de Burdeos era en aquel entonces un puerto frecuentadísimo, porque con alto espíritu comercial, los mercaderes de la populosa urbe atlántica hablan conseguido una prerrogativa real, que los asesores de su Majestad habían aconsejado otorgar porque representaría buenos ingresos para las arcas del Estado.

Tratábase de un privilegio marítimo por el que tenían libre derecho al anclaje en las islas Bócassine cuantos navíos lo deseasen, fueran del calado y nacionalidad que fueran.

No importaba que fueran naves enarbolando pabellón enemigo, ni siquiera que lo fuesen de naciones que se hallasen en lid bélica con Francia.

Burdeos era el puerto donde los productos franceses se almacenaban en cantidades excesivas y superfluas para el consumo de la nación, y aun de los habituales mercados extranjeros.

Por esa razón hablase creado una zona especial, de libre anclaje, celosamente mantenido. Tan sólo había que respetar una cláusula: los barcos surtos en cualquiera de los cinco islotes Becassine tenían derecho a enviar lanchas a. la ciudad para proveerse de cuanto precisaran, pero si cualquiera de las naves atravesaba la barra, de aguas más allá de las islas, sería apresada y encarcelada su tripulación, y confiscados sus bienes.

Escrupulosamente eran respetados ambos convenios: por parte de las autoridades navales de Burdeos, un barco anclado en las Bécassine, era un cliente inviolable. Y por parte de las naves que se acogían a aquel privilegio comercial, bien se guardaban de traspasar el límite señalado.

* * *

El velero «Aquilón», procedente de la costa inglesa, hizo su entrada en una de las múltiples caletas protegidas que se abrían al sur de las islas Bécassine, rosario de islotes deshabitados, que formaban una barrera natural entre el mar libre y el estuario de Burdeos.

En el castillete de proa, y mientras la nave arriaba velas, y al anclar en aquel paraje cerraba la pequeña boca de la caleta, Carlos Lezama, el Pirata Negro, enfocaba su largavistas hacia el ancho estuario.

El oteo que había empezado siendo una rutinaria costumbre, hablase de pronto convertido en la observación fija de un punto que parecía llamar extraordinariamente la atención del capitán del velero pirata.

Una sonrisa sarcástica distendió las facciones enérgicas de Carlos Lezama, quien depositó el anteojo sobre 1a mesita que frente a sí tenía, y donde se arrollaban en sus cilindros los mapas y cartas marinas.

Silbó en estridentes modulaciones especiales, y por la escalerilla que comunicaba con el entrepuente, subieron sus dos lugartenientes.

Recientemente salvado de la horca, Curro Montoya, a las Piernas Largas, sentíase más que nunca dispuesto a dar fe de que si las nieblas inglesas podían haberle vencido, demostraría en adelante que merecía el haber sido repuesto en su cargo.

Cien Chirlos, ostentaba como siempre su semblante obtuso, de bruto fiel que sólo conoce una voz amiga: la de su dueño y semidiós.

El Pirata Negro, les miró un instante, conservando aún en el rostro la sonrisa sardónica.

—Oído al parche, valientes. Hemos anclado en el generoso puerto bordelés a fin de surtirnos de cuanto necesitamos para emprender la larga travesía hacia el Caribe sin tocar más tierra europea. Escarmentado por mi última ausencia, había decidido no abandonar el «Aquilón», pero en esta isla nadie lo atacará. Los dos os haréis cargo de ir llenando la cala. He hecho lista, no ya sólo de las provisiones de boca, sino también de las armas y pertrechos con las que pondremos el barco en condiciones de entrar de nuevo en el

Caribe, sembrando por doquier el pánico preciso, cuando preciso sea imponer el pánico. Si antes las olas antillanas pregonaron que el pabellón del aguilucho era dueño y señor, ahora lo pregonarán doblemente. Pero he visto algo que me ha llamado la atención y que requerirá que vaya a poner pie en el muelle de Burdeos.

Dio un revés con la mano en el pecho de Cien Chirlos.

—Presumes de vista de lince, guapetón, y la posees. Te elegí por eso bruto, pero también porque además de grandísimo bruto eres lobo viejo.

Cien Chirlos sonrió abrumado por lo que se le antojaban elogios insuperables.

El Pirata Negro aplicó otro revés en el tórax del andaluz.

—A ti, te elegí, por fulero astuto y buen patrón de hombres. Ambos tenéis en común la cualidad esencial 'de saber reconocer una nave cuando por una sola vez!e habéis echado el ojo.encima. Por encima de ese pedrusco se divisa el estuario. Hay en él varios barcos anclados: goletas, fragatas, bergantines, galeones... Coge el anteojo, guapetón. Aséstalo y no tardes en demostrarme que tus ojos siguen teniendo agudeza y que puedes distinguir un objeto a dos millas de distancia.

Cien Chirlos enfocó el anteojo, y fue recorriendo los cascos de los navíos anclados en el puerto de Burdeos.

Súbitamente, sus brazos parecieron quedar paralizados. Su rostro se crispó en varias muecas que acentuaron el horrendo aspecto que ya habitualmente ofrecía.

—¡Por cien mil diablos coronados! ¡Húndame ya ahora en el Averno si creo lo que veo! ¡Pínchenme legiones de...

—Cierra la espita, borrico —dijo el Pirata Negro, quitándole el anteojo de las manos—. Veo que has reconocido la nave que me sorprendió hallar anclada donde menos esperaba estuviera. Coge ahora tú el catalejo, chiclanero. Y si los jirones de nieblas no empañaron tus legañosos miradores, otea y comenta...

El andaluz hizo la misma operación que Cien Chirlos, pero el hábil piloto, enfocó desde un principio hacia el puño en que aquél se había detenido como paralizado de estupor.

—¡Digo! —exclamó ceceando por la emoción de sorpresa inesperada— ¡Ni ná ni ná»! Malos dengues me coman «zi» no es «aqué» «er» bergantín del «zeñó» Diego! ¡El «mizmizimo» Madriles!

—Le es —y el Pirata Negro quitó de manos de Piernas Largas el anteojo—. La última noticia qué del señor Lucientes tuvimos fue que se dirigía a Cádiz para de allí ir a Berbería en mi busca. Abandonó esposa, hija y hogar, para buscarme. Es curioso —dijo meditativo, más bien pensando en voz alta, ante los dos que consideraba sus confidentes— que cuando en el señor Lucientes pienso, lo asocio al recuerdo de un vino. No porque sea amante de libar, sino porque tiene la misma cualidad para mí que un mosto que probé en isla portuguesa: era un jugo picante, que me irritaba y me complacía a la vez. Fío mucho de vuestro instinto, valientes. Dime tú, guapetón: ¿cuál es tu juicio sincero acerca del señor Lucientes?

—Ha tiempo que lo formé, señor. Para mí, el señor Lucientes dio su antebrazo izquierdo salvando al «Aquilón». Desde entonces, cuanto haga mientras a ti no te mortifique, bien hecho está.

—¿Y tú, chiclanero? ¿Qué piensas del que fue tu capitán por corto tiempo?

—Bien lo definiste, señor, porque para mí es indefinible. Pocas cosas hay en el mar y en la tierra que puedan desconcertarme, señor. Pero el señor Lucientes era una de esas cosas. A ratos pensaba, salvando tu respeto y el que a él le debo, que debió nacer de extraña unión… Pero antes que me lo ordenes, pongo punto en boca, o quizá me darías puñada que me hiciera saltar mis hermosas muelas.

—Hoy estoy de buen temple, chiclanero. Puedes, hablar.

—Pues… si una chiva loca se hubiese enamorado de un toro inteligente y resabiado, yo creo… que habrían procreado un bicho muy semejante al… señor Lucientes y que., que me perdone el ausente.

—Di mejor que te perdonen la chiva y el toro.

La carcajada del Pirata Negro alegró el espíritu de ambos piratas, quienes al verle reír como antaño, rieron con gruñidos de deleite.

Carlos Lezama abrió los brazos y enlazó por los hombros a sus dos segundos.

—Desprecio los patetismos, buenos mozos. Entiendo que lo que se siente, mal sabe decirse. Pero al igual que a veces os mataría a botazos, y en otras ocasiones pienso en vosotros dos como en

hermanos cerriles y sin desbravar, reconozco avergonzado que al pensar que pronto voy a verme frente al borrachín insolente del madrileño, me da calor en las venas. Es un estudiante lunático y poético; un loco… como tú dices, chiclanero. Pero, aunque él mismo no lo sepa, ¡es todo un hombre! ¿Sabéis por qué? Porque tiene inclinaciones de canalla rufián, y sabe siempre, coa una sonrisa, apartarse del abismo y no despeñarse. Y ahora, tregua a los sentimentalismos. Apartaos, que oléis a carne de cadalso…

Empujó a los dos hombres bruscamente, pero en sus ojos negros destellaba una afectuosa ironía. Y los dos lugartenientes hincharon el pecho, mirándole como el pagano contempla a su ¡dolé.

—Iré a tierra. Tarde un día o un mes, tarde lo que tarde, seguid aquí esperándome. A lo vuestro, mientras yo voy a lo mío, que ahora es oír de nuevo los rebuznos impertinentes del señor Lucientes.

Íbanse los dos hombres, cuando el Pirata Negro murmuró para sí:

—Y a fe mía que deseos tenía ya de oír rebuznar al estudiante que dio su antebrazo por el «Aquilón».

* * *

Era un bergantín de recia estampa, al cual habíanle quitado las letras de proa. No ostentaba ya la enseña: «Madriles».

En vez del apodo que por chanza, y por amor al terruño natal, habíale puesto Diego Lucientes, el bergantín tenía ahora en un costado un gran cartel que decía:

«SE VENDE EN PUBLICA
SUBASTA AL MEJOR POSTOR Albacea vendedor:
Notario Honoré Fripon, de Angulema»

Carlos Lezama leyó por dos veces el cartel. La palabra «albacea» le produjo una impresión amarga: quiso creer que debía tratarse de un formulismo legal francés, y a pasos apresurados dirigióse a la ciudad.

Poco después mercaba en un picadero un piafante y nervioso potro bayo, y a todo galope tomaba el camino de la ciudad de Angulema.

Un asustado pasante fue a comunicar al pacífico notario de Angulema que un caballero español, de vio —, lentos ademanes, solicitaba ser recibido inmediatamente.

—¿De violentos ademanes? —inquirió Fripon, frunciendo las cejas, con lo que sus antiparras resbalaron aún 'más, quedando en equilibrio al extremo de su larga nariz—. Este es el templo de. la ley. «Compos sui» predicaban los latinos, galopín. «Siempre dueño de ti mismo»... Predícasela así al visitante... ¿Qué trazas tiene?

—Viste de negro y presumo que podría doblar entre sus manos un candelabro forjado si se lo propusiera. Tiene fuego en los ojos...

—...rabo y pezuñas, galopín. Nunca vi alfeñique tan asustadizo como tú... ¿Dices que viste de negro? A lo mejor será algún heredero impaciente... o mejor aún, un heredero defraudado, que viene a pedirme cuentas porque le han olvidado en un testamento. Que pase, que yo sé bregar con esa gentuza.

Carlos Lezama entró, destocándose el chambergo. El notario le contempló con mirada crítica.

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Cerciorarme dé que está a la venta el bergantín anclado en Burdeos.

—Sentaos, por favor, sentaos. Indudablemente es la mejor de las naves que moja su carena en aguas de...

—¿Por qué está a la venta?

—Por la razón de que yo soy albacea testamentario del señor propietario de la nave. Un caballero que nunca tuve el honor de ver.

El Pirata Negro crispó los puños. Ahora aquilataba en toda su extensión el inmenso afecto que habla puesto en Diego Lucientes...

Habló dominando su voz, velados los ojos por una extraña emoción que ya no creía poder sentir nunca.

—¿Debo pues en consecuencia deducir que el señor Lucientes murió?

—Naturalmente, caballero. ¿Cómo o si no iba yo a ser su albacea?

—Lo suponía... pero no quería creerlo.

Y Carlos Lezama sentóse, con rictus amargo. Maître Honoré Fripon le observó con simpatía.

—Veo que os ha afectado la noticia. ¿Erais amigo suyo?

—A veces le detestaba, otras le estimaba como a un hermano.

—Extraño, extraño —murmuró el notario.

—¿Decís...?

—Oí no ha mucho esas mismas palabras en boca de un caballero, por cierto también español, como vos. Porque adivino que sois español, por la traza y el acento.

—¿Cómo murió? —inquirió Lezama.

—Secreto profesional, caballero —dijo dignamente el notario.

—No lo he de propagar: —dijo melancólicamente el Pirata Negro—. ¿En duelo?

—No.

—¿Envenenado por una dama a quien legró exasperar?

—No os lo he de decir. En Civry, sólo su viuda sabe... En fin, vinisteis para hablarme del bergantín.

Púsose en pie el Pirata Negro.

—Iré a ver a su viuda. Espero que ella me dirá cuál fue la suerte final de un hombre que, si cometió errores, le habrán sido perdonados porque no le impulsaba la maldad.

Maître Honoré Fripon calóse las antiparras.

—De nuevo habláis como otro amigo del señor Lucientes, que vino a visitarme recientemente. Era español también, aunque sus cabellos eran rojos como la llama...

El Pirata Negro avanzó la diestra engaritándola alrededor del rollizo hombro del notario, que gimió asustado, comprendiendo ahora por.qué su pasante había demostrado pavor y había hablado de candelabros doblados...

—Excusadme —dijo el Pirata Negro, brillantes los ojos de contenida excitación—. Soy propenso a nerviosismos que vos, sesudo varón, sabréis perdonarme. Habladme de ese español que vino a visitaros. Describídmelo, por favor.

—Concedéis importancia a nimiedades —rezongó el notario, frotándose el hombro entumecido. Pero meditó en la conveniencia de complacer prontamente a aquel español caprichoso atacado de «nerviosismo»—. Pues, ¿cómo podré daros idea de cómo era? Un sujeto alto, de anchas espaldas, de ropas raídas aunque elegantes... Su rostro era más bien algo desvergonzado...

—¿Ancha boca, ojos pardos?

—Eso es.

—¿Manco del antebrazo izquierdo?

—No, no. Poseía sus dos brazos cabales.

El Pirata Negro sintió que de nuevo le abandonaba la esperanza

que le había acometido. Pero todo coincidía en señalar a Diego Lucientes como el visitante… En el Caribe habla «Brazos de Hierro»…

—¿Os dio su nombre?

—No.

—¿Os causó la impresión de ser un caballero despreocupado, capaz de jugarse la vida a un naipe?

—Psicológicamente puedo deciros que tal impresión me dio… Habló rarezas acerca de viudas resignadas, vidas sin rumbo…

—¿Para qué vino a visitaros?

—Quería entrevistarse con la señora Rosa Hoyos. Le hice constar que el médico aseguraba que una impresión podía causar la muerte de la debilitada señora. Que sería renovar dolores hablarle del difunto.

—Y él, ¿qué os replicó?

—No sólo aceptó el no molestarla, sino que me rogó no describiera su aspecto físico a ella.

—Extraño a fe mía. ¿Por qué?

—Dijo que seguramente producirla en ella un mal recuerdo. Era un caballero poco consecuente. Hablaba con incoherencia y dijo muchas rarezas… Entre otras, afirmó que había conocido mucho al señor Lucientes, y que a ratos le detestaba profundamente y casi le tenía asco y en otros le tenía mucho cariño. Que era un borrachín pendenciero y tahúr que anhelaba ser mejor y que cuando estaba en camino de serenar su espíritu, huía…

Sonrió el Pirata Negro. Ahora tenía la certidumbre de que Diego Lucientes vivía. Y él mismo le explicarla el misterio de su incógnito…

—¿Dónde podré encontrarme con ese caballero pelirrojo?

—El posadero de la encrucijada de las carreteras dijo que vuestro amigo, tras copiosas libaciones, tomó el camino de París.

—Quedo vuestro rendido servidor.

Maître Honoré Fripon iba a abrir la boca para hacer notar al visitante que el motivo en litigio era la compra de un bergantín, pero ya el atezado forastero habíase marchado.

Apenas llegó a París Carlos Lezama, día tras día y noche tras noche, recorrió metódicamente las casas de juego, los lugares de diversión y las tabernas de la gran urbe.

En ningún sitio sabían darle razón de un caballero pelirrojo, de ancha boca y ojos pardos…

Persistió en la búsqueda, decidido a no dejar rincón de París sin su visita.

A veces, exasperado consigo mismo, a la salida de una de sus infructuosas pesquisas, sostenía irritados monólogos:

—Deberlas avergonzarte de andar tras la pista de un bribón, como si se tratara de la más encantadora de las doncellas. ¿Qué pretendes? ¿Verle y abrazarle? ¿Verle y romperle el alma por dejar a su esposa en la creencia de que murió? ¿Retarle por haber abandonado a su hija? Te jactas de despreciar los patetismos y andas en pos de un hombre… porque, porque… Ten el valor de confesártelo. Buscas a Diego Lucientes porque sus insolencias te complacen, y por endiosamiento. Que al oírle, crees oírte.

CAPITULO IV

"**Monsieur le Marquis D'Avapié**"

A raíz de su entrevista con los hermanos Youpin, Diego Lucientes efectuó varias compras, tras dormir beatíficamente en mullido lecho de «L'Auberge du Cocq d'Or», que le había sido recomendada por el propio David Youpin como digna de un caballero de gran alcurnia.

Eligió una casaca azul ribeteada de oro, unas calzas de negro terciopelo, y la mejor camisa de seda y encajes que halló.

Cuando a la calda de la tarde entraba en el «Au Bon Viveur», David Youpin fue a su encuentro, con exteriorización de grandes muestras de deferencia.

En su fuero interno, el judío estaba en todo conforme con la apariencia que la ropa nueva y la flamante capa roja forrada de raso blanco confería al que erguido el mentón le acogió sonriendo condescendiente.

—Hola, David. Tengo entendido que en el salón de juego dais hoy una recepción en honor del caballero barón de Rochefort, en su despedida de soltero.

Iba repitiendo Lucientes el mensaje que en afiligranada caligrafía habíale enviado David Youpin a «L'Auberge du Cocq d'Or.

—Así es, señor marqués. Y vuestra pareja os espera ansiosamente

—Siento prisa por presentar excusas por mi tardanza a «mademoiselle» Josephine des Mureaux —dijo en voz alta Lucientes. Y bajando la voz, añadió rápidamente—: Esperó que la comparsa que habéis elegido para mí, no desentonará del marque—sado que ennoblezco.

—Ella es mi auxiliar más eficaz, como os indiqué... Vedla ahí,

señor marqués. Os dejó en buenas manos,

Una muchacha de riente semblante agraciado, quizás algo apicarado por el sabio maquillaje y el osado escote, acercóse con empaque a Lucientes, mientras David Youpin alejábase para recibir a un grupo de ruidosos cortesanos.

Diego Lucientes inclinóse besando la diestra que le tendía olímpicamente Josephine des Mureaux.

—Son las siete y veintidós minutos, amigo mío —dijo después de examinarle atentamente—. No tengo costumbre de que me hagan esperar.

Diego Lucientes colocóse la mano calzada de manopla azul encima del corazón, con risueña sonrisa.

—Creedme que si llego a saber que erais vos quien esperaba, habría invocado mágicos poderes para que le nacieran alas a mi caballo. Fui citado a las siete y cuarto, «mademoiselle». Supuse que una parisina de vuestro rango emplearla media hora en dar solidez a la calumnia que afirma que toda mujer cautivadora no es puntual.

—Una cosa son las citas de amor, y otras las de trabajo —susurró ella, Y sus ojos grises sonrieron—. Podéis llamarme Fifine.

—Favor al cual, correspondo solicitando la merced de oír repicar entre rubíes y perlas el nombre de Diego.

—Reservad los madrigales para las que deseen oírlos, Diego. ¿Sabéis que durante unos días yo he de ser vuestra instructora, fingiendo ser vuestra amante?

—Hay fingimientos odiosos, Fifine.

Iban subiendo las escaleras que conducían a la sala de juego, de la que salían rumores de muchas voces.

Ella tocó en el brazo al madrileño en abanicazo nervioso.

—No os confundáis, señor marqués. Pese a las apariencias, no soy quien os suponéis. Tengo prometido, y si he accedido a ser comparsa varias veces, ha sido porque con ello reúno dote. Mi prometido es pobre...

—Es el mortal más afortunado del universo, porque os poseerá.

La sala de juego estaba concurridísima. Muchos hombres jóvenes, acompañados de mujeres que no se recataban en demostrar por sus gestos la intención de divertirse todo lo posible, deambulaban por entre las mesas.

Las luces habitualmente esplendorosas, tenían ahora un

matizado resplandor rojizo que les proporcionaban las caperuzas de gasa encarnada con armazones de alambre que cubrían los candelabros.



—Es el mortal más afortunado del universo, porque os poseerá...

—La juventud dorada de París, señor marqués —expuso Josephine des Mureaux, mientras sentábase en un diván discretamente colocado en la penumbra—. Bobos ricos, necios que

presumen de inteligentes, egoístas pedantes; la crema de la corte. Los futuros varones que regirán los destinos de Francia, cuando se harten de ser bobos y necios.

—¿Y ellas?

—Sus amantes. Algunas permanentes, otras fortuitas. Buenas muchachas, aunque rapaces y ansiosas de lujo. Lo pagan caro...

Fue ella dibujando con rasgos cáusticos a cuantos iban desfilando por la sala. Poco á poco fue Lucientes conociendo las escandalosas anécdotas cortesanas...

Un alboroto de voces acogió la entrada de un personaje, que con empaque quitóse la capa y el chambergo que entregó al propio David Youpin.

Fue rodeado por un tumulto de saludos, en el que destacaban las voces de las amigas de los cortesanos.

—Es el barón de Rochefort —explicó Josephine—. El hombre más guapo de París... ¡y el más odioso!

—Repámpanos... —murmuró Lucientes, mirando sorprendido a la parisina, que hasta entonces había siempre hablado mordazmente, pero sin vehemencia—. ¿Es odioso porque tiene un perfil de camafeo griego?

—Es odioso porque ha afrentado a mi mejor amiga. Os lo puedo explicar, porque si algún día fuese rica, solicitaría de vos una merced que pagaría con cuanto pidierais. Sé por David que sois una primera espada. También lo es Rochefort. Pero... ¡cielos!... daría no sé qué, por verle caer atravesado a estocadas.

Sacudió ella sus rubios cabellos, en ademán rabioso.

El barón de Rochefort, en cuyo honor se daba la fiesta, estaba rodeado ahora por varias damiselas, que le escuchaban devotamente.

—Tiene prestancia de Apolo y veo que sabe acariciar —comentó Lucientes Sus blancas manos semejan las de un cardenal jugueteando con el lomo de gatas celosas entre sí.

—¡Bah...! Es natural. Es hombre guapo y va a tener mañana lo que hasta ahora le hizo falta. Caudales. Enlaza con Amélie Torchon, la hija del más rico de los tejedores de Lyon. Fea como un dolor de muelas, con cabellos postizos, y corsés martirizadores.

—¿Y teméis por la hija del tejedor?

—Ella me tiene sin cuidado. Lo que me crispa los nervios es

pensar que este odioso galán, ha tenido el vergonzoso propósito de humillar a los Youpin eligiendo esta sala para celebrar su despedida de soltero.

—Creo que serán pingües los beneficios de David. O sea que por el contrario, en vez de humillación, los Youpin contarán buenos luises, en especial la arisca Raquel.

Josephine miró con repentina seriedad a su interlocutor.

—Os advierto que no estoy dispuesta a oíros hablar en ese tono de Raquel Youpin. David os reputa listo. Procurad serlo, y no incurráis en e1 convencionalismo de creer que todos los judíos tienen la nariz ganchuda y por corazón un libro de cuentas. ¡Ojalá así fuera! Mi buena Raquel no estaría ahora llorando encerrada en su alcoba...

—A fe mía, que no entiendo una palabra de cuanto me decís.

—¿Habéis pasado hambre alguna vez?

—Sí. Y mucha sed. No me recordéis tan malos tragos, ¡Puaf! Aun tengo en el paladar el sabor infecto del agua que tuve que ingerir allá en una lejana isla de las Antillas, porque no tenía un ochavo para mercarme el tonificante y nutritivo jugo de uvas.

—¿Habéis pasado frío? ¿Ha llovido a raudales y el viento aullaba mientras vos intentabais en vano dormir bajo un puente del Sena? Todo eso lo he conocido yo...

—Sois bonita. Pasasteis hambre y frío porque... por lo visto, dais un gran valor a la honestidad.

—Con orgullo he pasado cuanto he pasado. Pero tened en cuenta que si estoy ahora aquí, es porque Raquel Youpin, de vuelta del mercado, me vio acurrucada en la esquina del Pont-Neuf. No hizo más que un gesto. Colocar en mi regazo la cesta repleta de víveres. Supo adivinar que yo no habría aceptado una limosna. Me dijo tan solo: «Venid. Mi cocinera está en su pueblo. Vos guisaréis.»

Josephine, con los ojos empañados, miró de soslayo a su acompañante, decidida a callarse si observaba en él síntomas de burla. Pero Diego Lucientes, con el semblante serio, la miraba afectuosamente.

—No era cierto. La cocinera era la propia Raquel, no por economía, sino porque guisa magníficamente. Pero comí caliente, y con orgullo, porque me lo había ganado, ayudándola a cocinar. Entonces ella era amable con todos, porque amaba... Amaba a ese

mentecato odioso.

Y ella señaló al barón de Rochefort que en aquellos momentos pasaba cerca del diván donde se sentaba la pareja.

De mediana estatura, bien constituido, el noble poseía unos rasgos faciales estatuarios. Los ojos grandes y de un azul aterciopelado se posaron un instante en Josephine.

Siguió andando pero Diego Lucientes creyó observar que el blancor del cutis del anfitrión, aumentaba…

—Hoy Raquel odia a todos los hombres, porque confiaba en ese mentecato. Y él la hizo objeto de la peor afrenta. Cuando conoció a Amelie Torchon, y estuvo seguro de su gran fortuna, dijo ante un grupo de amistades, que prefería la dote de un tejedor, al oro de un judío. Añadió que la fealdad de Amelie era más soportable que la de Raquel… Y yo os aseguro que Raquel no era fea entonces, porque el amor prestaba a su rostro el encanto de su hálito. Y pensar que hoy está llorando por culpa de ese muñeco engreído…

Una sombra inclinóse ante la pareja. Una voz bien timbrada, preguntó:

—¿Soy indiscreto si solicito el placer de besar tu mano, Fifine?

Púsose en pie Diego Lucientes. El barón de Rochefort retuvo la diestra de Josephine quien nerviosamente la retiró antes de que los labios del noble se posaran en su dorso.

—Buenas noches, barón. Os presento a «Monsieur le marquis d’Avapié».

El barón de Rochefort, arqueadas las cejas, hizo una leve reverencia al madrileño. Volvió a mirar a la parisina.

—Oí ciertos epítetos algo injuriosos pronunciados por labios tan suaves como los tuyos, Fifine.

—No sabéis si son suaves, porque no los habéis probado —sonrió ella nerviosamente.

—No desespero de hacerlo algún día… siempre y cuando «Monsieur le marquis» se amolde al estilo de París, y tenga el buen gusto de no demostrar celos anticipados. No he tenido el honor de veros hasta esta noche, «Monsieur le marquis»… Un amigo mío me ha informado que sois español, gran jugador, y os felicito por el buen gusto que demostráis al elegir a Fifine como «cicerone». Pero os advierto que fracasaréis. Si hay mujer cuya honestidad hasta el momento presente os puedo garantizar, esa es la de quien nos oye.

Y hablando de oír, ¿puedes aclararme quien era la infeliz persona que tenía la desventura de incurrir en tu enojo, Fifine?

Diego Lucientes encontraba perfecta la fraseología del guapo aristócrata. En su fuero interno reconocía que dominaba el arte de insinuar impertinencias sin hacer más que esbozarlas.

Parpadeó Josephine por encima de su abanico abierto, con el que ocultaba el temblor de sus labios.

—¿Que es lo que habéis oído señor barón?

—Frases de índole tal, que deshonran más a un caballero que las peores injurias. Lo que más me llamó la atención es que hablabas mirándome. Con la venia de tu caballero actual, me gustarla oírte decir que soy suspicaz en demasía. Tienes reputación de honesta, Fifine, y también de excitable y nerviosa. Tiemblan tus manos, gentil mariposa de noche...

Diego Lucientes apercibióse que varios cortesanos y algunas mujeres se habían detenido cerca, y una de ellas reía provocativamente, con evidente burla.

—¿Me queréis conceder una merced, señor barón? —intervino.

El barón de Rochefort imitó perfectamente la altanera actitud del que se ve sorprendido por una inconveniencia de un lacayo.

—Vos sois quien me hace la merced al dirigirme la palabra, «Monsieur le marquis» —dijo con tiesura.

—Tanta exquisitez me abruma, señor barón. No estoy muy hecho al estilo parisino, y por tanto si me comporto como un provinciano excusadme de antemano. Soy del pueblo, ¿sabéis?, y allá, en mi tierra, en los festejos, cuando una dama va acompañada, el caballero que incurre en tercería dirige a ambos la palabra. Estáis preguntando a «mademoiselle», cuando yo puedo responder a vuestras preguntas...

—Señor marqués —atajó precitadamente Josephine moviendo su abanico descompasadamente.— Tened en cuenta que nuestro anfitrión, se ha limitado simplemente a... hacer gala de su ingenio...

Del grupo cercano, estalló de nuevo la risa burlona. Era una rubia opulenta, vulgar en su belleza llamativa.

Rochefort volvióse para mirar a al que reía.

—Deambula, Ninon. Tu risa tiene estridencias de verdulera. Mal gusto tenéis, señor Valnaux. Bella es Ninon, pero olvida que ante una mujer como Josephine ella es la menos indicada para reírse.

Hacedme el honor de desfilar, señores y señoras. Estoy sosteniendo una conversación privada con «mademoiselle»… —y se inclinó ante el madrileño— … y su caballero «Monsieur le marquis d'Avapié».

Los que hasta entonces habían estado a la expectativa, se alejaron, Josephine miró suplicante a Diego Lucientes.

—Comprobaréis, amigo mío, que el señor barón es la galantería personificada. No ha Vacilado en llamar la atención al conde Valnaux, por la actitud de Ninon… que no me puede ver, porque un día la llamé «potranca»…

—No dudo que el señor barón es espejo de galanterías. Pero los espejos no se libran de empañarse, así como el paño mejor tejido tiene a veces deslucimientos.

Rochefort entrecerró los párpados mirando al que acababa de hablar.

—¿Epigrama, señor?

Afectó Lucientes un aspecto de total inocencia, aunque sus alusiones a los tejidos apuntaban a Amelie Torchon.

—¿Dónde veis epigrama? Aludisteis antes a vuestro buen oído, quizá en exceso suspicaz… Tal es el caso… quizá.

—Os preguntaré lo que Fifine ha dejado sin réplica. ¿Es cierto que ella, muy aficionada a los calificativos, habló de un «mentecato odioso» y de un «muñeco engreído?»

—Sí. Es cierto —admitió sonriente Lucientes.

—¿Es indiscreción el preguntaros a vos, “Monsieur le marquis”, quién era el desventurado objeto de tales calificativos?

—Os lo diré, pero antes os haré una aclaración. Tales calificativos no eran en labios de «mademoiselle» más que eco de lo que yo acababa de decir.

Envaró Rochefort el busto, y sus ojos adquirieron un azul metálico.

—En España existen algunos nobles que, por ser de pueblo como vos mismo admitisteis, tienen un concepto erróneo y desplazado de la galantería. Dejad a Fifine la responsabilidad de sus propias palabras. Dime, preciosa vestal, ¿a quién calificabas de tal modo?

—A… un sujeto que no conocéis, señor barón —dijo ella enrojecidas las mejillas bajo el afeite.

—Entonces, si no le conozco, pierde interés el asunto. Pero admíteme un consejo, Fifine. No comprometas a los que están

contigo al calificar temerariamente a alguno de los presentes. Estoy seguro de que todos desearán que la estancia de «Monsieur le marquis» en París, sea lo más placentera posible.

De pronto, los nervios de Josefine la vencieron, y abatió la cabeza para ocultar las lágrimas de humillación y furor contenido que perlaban sus grises ojos.

—Buena diversión, «Monsieur le marquis» —dijo Rochefort disponiéndose a marcharse.

—Solicito un instante de vuestro tiempo, señor. Repito que estoy poco avezado a los usos del buen tono.. Y por eso mismo, excusadme si os digo que os habéis olvidado de algo muy importante.

—Os agradeceré me lo hagáis saber para reparar mi involuntaria omisión.

—«Mademoiselle» calificó como habéis oído a un sujeto que no conocéis pero vos me preguntasteis que os hiciera saber a quién calificaba yo de mentecato. Quito lo de odioso, porque es excesivo. Pero reitero lo de mentecato.

Rochefort palideció, esta vez con perceptible enojo.

—Reiterad tal calificativo a quien lo destinéis.

—Es a vos, señor. Porque mentecato es quien con finura, llama la atención en público a una señorita.

Josephine levantóse, asiendo del brazo a Lucientes.

—Excusadnos, señor barón.

—No, no, querida vestal —y Rochefort sonrió con esfuerzo.— Tu caballero manifiesta cierta propensión a querer darme lecciones de cortesía.

—No pretendo tal. Pero yo os puedo asegurar que si algo quiero reprochar a una dama, lo hago a solas. Y si lo hago estando presente un hombre, o una de dos: o desprecio al hombre, o me atengo a las consecuencias.

—Quizá en efecto os menosprecié, «Monsieur le marquis». ¿A qué hora, dónde y qué arma?

—¡Por favor! —intervino Josephine angustiada.— Yo no puedo consentir que por una tontería mía, pueda decirse que...

—Nada ha de se: —aseguró Rochefort.— Nada tienes tú que ver, Fifine. Es asunto estrictamente personal entre «Monsieur le marquis» y yo. Repito: elegid hora, lugar y arma.

—A vos os pertenece el indicármelo, señor barón. Yo soy algo rústico y vos estáis en vuestra capital, sois el pagano de esta fiesta, y tuve el honor de llamaros mentecato.

Rochefort alzó la diestra, en la que llevaba el guante, pero se contuvo.

—A las siete, en el Campo Elíseo, Fuente de Diane de Turgis. Espada y daga. A tus pies, Fifine. Vuestro servidor, «Monsieur le marquis». Os suplico no me hagáis la ofensa de abandonar la sala. Esta noche celebro mi despedida de soltero, y os considero uno de mis principales invitados.

Inclinóse de nuevo, y tres pasos más allá enlazó el talle de una esbelta muchacha, exclamando:

—¡Escanciad las copas!... ¡Empieza la fiesta del entierro en el blanco sudario del matrimonio de un hombre que rindió su corazón al alegre ruido de! oro... del oro de unos cabellos sedosos!

Josephine, más que sentarse, se desplomó en el diván.

—¡Sois un impertinente entrometido, señor español! —exclamó amortiguando su voz tras la tela del abanico.

—¡Repámpanos, amiguita! —rezongó Lucientes sentándose-No tengo vocación de Quijote, ni me enemisté con Rochefort para que vos me admiraseis como a un Palmerin de Oliva. Le reté porque me dio la real gana.

—Raquel puede imaginarse, cuando sepa lo sucedido (que ya estará contándoselo alguien) que yo os he referido...

—Se respira aquí dentro, una atmósfera cargada de comadreo. ¿Creéis por azar que he venido a desfacer entuertos y defender doncellas desvalidas? Se me da un pitoche de vos y de Raquel. Bueno, perdonad la brusquedad. Sonreíd, que no pretendo ofenderos, Fifine. ¿Queréis saber por qué se me atragantó Rochefort aun reconociendo que es la pulcritud personificada?

—Se os atragantó porque sois un espadachín pendenciero... —y añadió ella sonriendo:— Excusadme vos ahora. Ni yo sirvo para mariposa de noche ni vos servís para tahúr. Me encantaría suponer que intervinisteis no sólo por hombría, sino porque os molestó verme deseosa de abofetear a Rochefort y tener que mentir.

—¿Por qué no le abofeteasteis?

—Raquel no me lo habría perdonado. Sería ponerla en evidencia a ella, que sabe valientemente disimular su pena. ¿Qué quieres,

Antoine?

El lacayo, envarado, recitó monótonamente:

—El señor David ruega al señor marqués tenga la bondad de acompañar a «mademoiselle» a su despacho.

Alejóse el lacayo y poniéndose en pie Josephine, murmuró temblándole los labios:

—Ya llegó el rumor de lo sucedido a oídos de David... Por favor, Diego; mordeos la lengua antes de contestar a David.

—Lo haré gustosamente.

David Youpin paseábase por el despacho cuando entró la pareja. Raquel, sentada en un sillón tras la mesa, compulsaba unos papeles.

—Mal empieza vuestra labor —dijo secamente el judío a modo de saludo, mirando al madrileño—. Acaban de informarme de que habéis retado al señor barón de Rochefort.

—Tuve la torpeza de elevar demasiado la voz opinando que el citado se me antojaba un mentecato.

—En lo futuro reservaos vuestras opiniones, y os ruego que ahora mismo presentéis vuestras públicas excusas al barón de Rochefort.

—¡Córcholis, amigo mío! No puedo aceptar vuestro ruego.

—¿Honrilla de espadachín? —inquirió adustamente Raquel, mirando por vez primera a Lucientes.

—Llamadlo como queráis, señora mía. Pero lo que digo lo dejo dicho.

—No quiero ofenderos al recordaros que consentís en entrar en colaboración conmigo.

—Pedidme cualquier otra cosa, David. Pero nada ni nadie me hará retroceder, y mañana a las siete, tendré el placer de verme frente a frente con Rochefort. Si él me lo permite, no pienso matarle; simplemente arañarle, para que su boda sea pospuesta.

—¿Por qué le habéis llamado mentecato? —preguntó Raquel.

—Tengo a gala reconocer mis defectos. A primera vista califico a la gente, aunque me equivoque. Tanto pudo ser Rochefort como otro cualquiera de los asistentes el que mereciera mi atención.

—Insisto en que si queréis continuar en mi casa, pidáis excusas al barón. Por ningún concepto os podéis batir en duelo con él. Podría saberse que estáis a mi servicio, y creerían que yo os azucé contra él... ¡Calla, Raquel! —exclamó dirigiéndose a su hermana,

que se proponía interrumpiré—. Déjame hablar… Motivos que vos ignoráis, hacen que vuestra personal querella con Rochefort pueda ser interpretada erróneamente.

—Todo cuanto decís me suena a muy sensato, David. Pero tomadlo a mal si queréis, aunque os doy mi palabra que no quiero enemistarme con vos. He retado a Rochefort y nadie me apea del burro.

—¡Yo… yo tengo la culpa! —balbuceó de pronto Josephine—. Perdóname, Raquel, pero yo… yo fui quien hizo comentarios que Rochefort oyó, y… Diego intervino…

—¿Diego? —y la judía avanzó desdeñosamente los labios carnosos.— Te hizo el honor de decirte su nombre, Fifine. Vete con ella, David, Quiero hablar a solas con el que ahora sé que se llama Diego.

El hermano asió del brazo a Josephine, y ambos salieron del despacho.

Diego Lucientes aguardó a que la judía terminase de amontonar cuidadosamente unos papeles que colocó-después en una carpeta.

—¿Qué sueldo os fijó David? —preguntó ella secamente.

—La mitad de lo que yo trincase en las mesas de juego.

—¿Cuánto creéis poder ganar en un mes?

—Os lo diré dentro de treinta días.

—Para hombre sin riqueza, tenéis exceso de soberbia.

—Una ver conocí a una cordera que en vez de balar, ladraba. Porque yo que soy muy listo me di cuenta que era cordera, la aguanté. Y aunque no quiso oírme, le aconsejé que dejara los ladridos para quien los mereciera. Hablando en plata, señora mía: Vuestro hermano dijo que odiabais a los hombres; hacedme la merced de olvidar que soy hombre, y habladme como a quien solicita de vos un trato cordial.

—¿Por qué he de ser cordial coa un fullero espadachín?

—¡Guau, guau! —ladró sonriente Lucientes—. Esa es mi respuesta.

—Espero que vuestra imbecilidad, no será superada por vuestra necesidad de dinero. ¿Cuánto queréis por pedir excusas a Rochefort? ¿Cien luises? Tened presente que corréis el riesgo de que os malhiera… Os doy cien luises para que vayáis a pedirle excusas.

—Si al rey le llamase yo deshollinador, deshollinador le

quedaría para el resto de sus días. Ni diez ni cien mil luises, señora mía. Me habéis confundido. Os creéis que yo me vengo. Acepté barajar a favor mío, porque me entretiene por ahora tal oficio. Nada más.

Abatió Raquel las pestañas, y cerrados los ojos, su voz adquirió una melódica pastosidad al hablar en español:

—Puedo equivocarme, don Diego, pero os creo menos villano de lo que al principio juzgué. Os hablaré como hablaría a un caballero. Y si tal hago, es porque espero hallar eco en vos. Oíd una mísera historia, lamentable: Rochefort se burló de una mujer que le amaba, porque ella era fea. La última dignidad que le queda a esa mujer es que, aun deseando que Rochefort sufra lo que ella sufre, no pueda ser dicho qué ella solicitó los servicios de un espadachín. Así como esta mujer tiene como preciado galardón el haber conseguido que su hermano aceptase la humillación de que en sus salas, Rochefort se ría de los judíos Youpin, así esta mujer os ruega que le pidáis excusas.

Abrió ella los ojos repentinamente. Transfigurada por la emoción, daba veracidad al comentario de Josephine: bajo el influjo de los sentimientos, Raquel Youpin adquiría un encanto especial que hacía olvidar su aguda barbilla y su larga nariz, para ver sólo el suave matiz de sus negros ojos, y la hermosura de su boca y voz.

Diego Lucientes hizo su peculiar gesto de perplejidad. Se pellizcó el labio, y por fin deglutió saliva.

—¿Por qué he de humillarme yo, señora mía?

—No me ha humillado el confesaros que yo soy esa mujer fea de la que se burló Rochefort.

—Razón de más para que yo trate de estropear al que se equivocó y no supo ver que sois atrayente cuando vuestras palabras tienen un sentido humano.

Levantóse ella y el vestido negro, al modelar su cuerpo, reveló que la.misma estrechez de sus hombros, la ampulosidad de sus caderas, —y el busto libre que se adivinaba bajo la tela, tenían también un especial encanto.

—Os lo suplico. Muerto ha quedado mi corazón, y el solo contacto de una mano masculina me produciría náuseas... pero a todo estoy dispuesta con tal de que nadie pueda suponer que sufro por el desdén de Rochefort. Mi dignidad es tan absurda, que

prefiero entregarme a vos si es preciso. ¿No dijisteis que me encontrabais atractiva? Vuestra soy, si consentís en presentar vuestras excusas a Rochefort.

Cerró ella los ojos y avanzando unos pasos como una ciega, ofreció sus labios. Diego Lucientes por extraño: impulso, sintió un ardiente calor ascender por sus venas. Abrió los brazos dispuesto a recibir en ellos a la qué se le antojaba sazonado fruto de picante sabor...

Maldiciéndose interiormente, inclinó la cabeza y sus labios se.posaron en la mejilla de Raquel Youpin.

—Os admiro, Raquel. Y feliz el hombre al cual ofrezcáis por amor y voluntariamente el tesoro que sólo los necios mentecatos no han sabido ver en vos. Quizá lo que de villano tengo, me. hará maldecir algún día no haberlo sido en la presente ocasión. Mañana a las siete, acudiré al lugar del duelo, y ante los testigos presentaré todo género de excusas, las más.humillantes si son precisas, a vuestro Rochefort. Lo haré... porque vos también, os habéis sabido imponer todas, las humillaciones, en pro de una gran dignidad que pocos sabrían comprender. En vos, por locura de amor propio, en mi porque si a ladridos replico con bufar de gato, a la amistad de un trato cordial me rindo.

Ella sonrió tendiendo su mano, casi varonilmente.

—Entre vos y yo queda cuanto hemos hablado. Raquel —dijo Lucientes, estrechando la.diestra ofrecida.— Y ahora, creo que abusaré de vuestro líquido en barriles. Necesito sobrepasar mi habitual ración, para poder hacerme a la idea de que mañana, a las siete, tengo que rastrear delante de un rastrero mentecato.

David Youpin, aguardaba en el rellano.

—Josephine se ha retirado. Padece de jaqueca.

—Pronto la padeceré yo también. He quedado convencido por los argumentos de vuestra hermana, David. Pulsó primero la cuerda dorada, pero después invocó simplemente razones sentimentales, y yo aunque ¡o disimule, soy un imbécil sentimental. Presentaré excusas a Rochefort, pero mañana. Ahora podría llamar la atención.

—Lo celebro, lo celebro —dijo David, sonriendo contento— No os burléis, amigo mío, pero Raquel es cuanto quiero en este mundo. ¿Os retiráis, pues?

—Me dirijo a las bodegas. Tengo permiso de Raquel para

inundar mi corazón en cuanto mosto me apetezca…

CAPITULO V

Diálogo en un rincón de bodega

David Youpin prosperaba en sus negocios, porque sabía estar en todo. Cuando en.el umbral de su establecimiento, pasada ya la medianoche y hallándose en todo su esplendor la fiesta de despedida de soltero del barón de Rochefort, vio a un desconocido, vestido rica y sobriamente de negro, que recorría con la vista el vestíbulo y el salón comedor, acudió solícito a su encuentro.

—Buenas noches, caballero.

—Buenas sean para la gente de buena voluntad.

—¿Desea el señor cena condimentada a la usanza meridional?

—Lo que deseo es dar con un amigo mío, tras el que ando hace varios días con sus noches.

—Si puedo serviros...

—Lo dudo. Pero en fin, repetiré de nuevo mi pregunta: ¿Por azar de los azares sabéis si ha frecuentado vuestros salones un caballero pelirrojo, de pardos ojos burlones y ancha boca desvergonzada? Maneja el naipe ágilmente, la espada también, y bebe como una esponja reseca por.el sol.

David Youpin fingió meditar.

—No. El caballero que citáis me desconocido.

Carlos Lezama se encogió de hombros.

—París no debe haber sido del gusto de mi amigo. Lo siento, porque me habría complacido extraordinariamente hallarle. Si por casualidad le vierais algún día, decidle que por él preguntó un tal Carlos Lezama.

—Si tenéis la bondad de aguardar unos instantes, iré a inquirir entre la servidumbre si alguien ha visto a-sabe del caballero que buscáis.

Diego Lucientes, tendido bajo un barril, recogía diestramente las gotas de una espita...

David Youpin inclinóse para decirle apresuradamente:

—¿Os interesaría recibir la visita de un caballero llamado Carlos Lezama?

Diego Lucientes se atragantó, cerró la espita, y sentóse. Rió con sorpresa, agitando los dedos ante el rostro inclinado del judío.

—¡Sois el mago Merlín! ¿Cómo diablos podéis saber el nombre del que fue mi maestro en todo cuanto sé? Idos, mago infernal... Mañana me aclararéis ese misterio, porque no estoy ahora para romperme los cascos...

—¿Os alegrarla verlo?

—No digáis sandeces imposibles... ¿Que si me alegraría? Tanto como si al nacer me hubiesen entregado un seso normal... Idos, mago desconcertante... Estoy levemente en uvas, y no quiero someter mi cráneo a presiones anormales...

Tendióse de nuevo bajo el tonel, y fue girando con suavidad la espita.

—Rica gota... Una... —y chasqueó la lengua al recibir en ella una gota de un vino espeso de vieja cepa borgoñona—. Otra mayorcita... Y... basta... porque eres traidor, barril de Borgoña. Destilas un zumo oloroso que me hace oír rarezas... ¿Soñé o ha poco que oí citar el nombre de quien por meterse a redentor fue a morir en tierras bereberes?..

* * *

David Youpin acudió a informar al Pirata Negro.

—Gran casualidad, señor Lezama. Vuestro amigo, alegre temperamento y simpático, visita nuestra bodega.

—No me sorprende el lugar que visita.

—Es gran bebedor, aunque en estos instantes creo que mejor haríais si sobre él tenéis influencia, en apartarlo de donde está. Consideraos en vuestra casa. Aprecio mucho a vuestro amigo. Mandadme llamar si algo necesitáis. David Youpin, servidor vuestro.

Carlos Lezama siguió al judío hasta el umbral en penumbra de donde salía un vaho de humedad. Bajó las escaleras... y allá en el fondo, tendida bajo un barril, vio la figura del hombre que buscaba.

Se detuvo a cinco pasos de distancia, sentándose en un

banquillo, ante una mesa de catar.

—Destilas un zumo oloroso que me hace oír rarezas... ¿Soñé o ha poco que oí citar el nombre de quien por meterse a redentor fue a morir tierras bereberes?..

Diego Lucientes se incorporó con cierta dificultad, cerrando la espita.

—¡Ja, ja! —animóse—. Demuestra que tienes dos patas, Dieguito... y no cuatro como te pertenecen... ¿Conque hablándome de ingratos que van a morir allá en tierras de cafres...?

Hipó convulsivamente, y su meñique se introdujo en su oreja, agitándose furiosamente.

—Dos cadáveres en una bodega —repitió Lezama hablando quedamente.

Diego Lucientes avanzó boquiabierto. Apoyó la mano de hierro en la mesa y con la otra abrió los dedos agitándolos ante el rostro de Lezama.

—¡Vade retro, Satanás! ¡Maldito sea el vino francés que remueve posos sacrílegos! ¡Huye, visión!

—¿Quieres puñada en el hocico, estudiante, que te convenza que aquí no hay más visión que la deplorable que ofrece tu rostro de truhán borracho?

Diego Lucientes sintió por una fracción de segundo que su cerebro iba a estallar. Dejóse caer en el banquillo frente al que ocupaba Lezama y apoyó ambos codos en la mesa.

—No puede ser... ¿Eres tú, hidalgo... eres tú, hidalgo Lezama, o es tu espíritu que viene a atormentarme?

—Aquí no hay más espíritu que el de vino, señor Lucientes. Mejor valdría que fuera cierta tu muerte... Me revienta que vivas para seguir siendo un majadero sin más apego que el que prestas al zumo de vid.

Levantóse Lucientes, y una ancha sonrisa distendía su boca Hombre de fácil palabra, no hallaba frases con qué expresar la intensa emoción que despejando su cerebro de los vapores del alcohol, le hacía mirar como alelado al que hoscamente sentado frente a él, pugnaba también por contener sus deseos dé abrazarlo.

—¿Un abrazo, hidalgo Lezama?

—¿De cuándo acá vine yo a París abrazarte, imbécil bellaco?

Diego Lucientes rió infantilmente, a borbotones incontenibles.

Volvió a sentarse, guiñando rápidamente en varios parpadeos.

—Fuera sentimentalismos y abajo los amistosos besuquees, ¿no es eso, hidalgo Lezama? Mucha agua ha pasado bajo los puentes, desde que nos perdimos de vista, señor…

—Y mucho vino por tu tripa, estudiante. Eso —y señaló el antebrazo izquierdo del madrileño— ¿te creció por el mucho riego?

—Palpa, señor. Es de hierro. Obra de un ingenioso ingeniero. He ganado en guapeza… No me mires severamente, hidalgo. Limpio estoy de todo reproche… Mi conciencia, como siempre, está tranquila. Me has sorprendido casualmente bebiendo, porque… te diré en secreto que el vino me gusta.

Volvió a reír alborozado. Carlos Lezama reprimió una sonrisa, y su voz tenía un matiz de severidad cuando exclamó:

—Me apena ver tu carencia de objetivo. ¿Qué haces en una bodega parisina?..

—Cuéntame de ti hidalgo. Olvida mi aliento… ¿Por qué dichoso milagro vuelvo a verte?

—Preguntando se va a Roma, y cuando de ti se trata, yendo de taberna en bodega, se da contigo. Quiero saber por qué tu bergantín está a la venta en el puerto de Burdeos, y por qué un notario de Angulema afirma que estás muerto.

—Es algo graciosísimo, señor. Figúrate que todos… todos —y el madrileño hizo un amplio ademán— me creen ahorcado. Estuve a punto… pero sé que me creerás si te digo que no me ahorcaron por completo.

—Si me tropezase con el verdugo, cara pagaría su torpeza. ¿Conque estimas gracioso que en Civry una buena mujer te llore por muerto?

Diego Lucientes irguió el busto.

—Prefiero que me llore por muerto, que hacerla llorar en vida.

—¿Y tu hija?

—Ambas serán más felices cuanto más lejos yo esté. Pronto se acostumbrarán a mi muerte, y ya nunca seré para ellas una constante desazón. Hombre como yo no debiera nunca casarse.

—Los dominios de Plutón están, adoquinados de buenas intenciones incumplidas. Te casaste y te debes a tu hogar. Vuelve a Civry.

—No, hidalgo. No creas que no me costó decidirme a ser un

muerto difunto y enterrado. Lo he decidido. Me costó lo que yo me sé... y muerto estoy.

—¿Amparas tu afán de perdulario bajo 1a. máscara de un sentimiento noble?

Levantóse Lucientes, brillantes los ojos por excitación que no era debida al alcohol.

—Cuidado, hidalgo. Tú eres buen navegante... No pises cubierta ajena.

—Tate... —murmuró el Pirata Negro—. El mozo parece sentirse ofendido. Aguanta mecha, estúpido. Repito lo que ya te he dicho. Es tu afán de malvivir el que te ha traído a París abandonando a tu esposa y a tu hija, y dejándo.as en la creencia de que estabas muerto.

—A otro que tú no fueras, ya le habría cortado en la garganta esas frases. Pero... tengamos la fiesta de nuestro encuentro en paz, hidalgo. No pienso negarte lo evidente. Me has encontrado en una, bodega, zampando de lo lindo. Estoy aquí de tahúr tramposo —y fue acalorándose a medida que hablaba— y pienso seguir malviviendo cuanto sea preciso con tal de lograr olvidar que antaño, aun no ha mucho, jugueteé con una muñeca de greñas rubiorojizas... Trataré de conseguir olvidar que aquí dentro —y se golpeó el pecho coa furia— hay dos imágenes que me queman en ciertas noches de luna.

—Si así es, vete a Civry.

—¿No me comprendes o no quieres comprenderme? Iría a Civry, ¿y qué? A los dos o a los cinco o a los veinte meses me iría de nuevo... ¿Y entonces...? ¿Por qué renovar penas en seres ¡nocentes que cometieron la tontería de quererme?

—Hablas de tu esposa y de tu hija.

Sentóse el madrileño y, por un instante, reposó la frente encima de sus brazos cruzados. Por fin levantó la cabeza, mirando al Pirata Negro con cierta amargura.

—Porque nos comprendemos... nos soportamos, hidalgo. No hablemos más de Civry, ¿quieres? Prefiero que me juzgues loco... pero, ¡vive el cielo que no te consiento que me juzgues malvado!

—Tate con el gallito... ¿Que no me consientes...? ¿Quién eres tú, bellaco, para tolerarme a no tolerarme? Cuando mañana estés en condiciones, quiero desmohecer mi muñeca comprobando si

manejas la espada como te enseñé. Escucha, estudiante... Quizá hago mal en decirte... que estimo acerada tu decisión de mantener la ficción de tu muerte. Pasará la pena, y pronto tú caerás en cualquier rincón de taberna... y ellas no volverán a llorar.

Tímidamente tendió Lucientes su brazo derecho por encima de la mesa. Abierta la manopla azul, aguardó unos instantes. El Pirata Negro miró la mano enguantada.

—Piel contra piel, señor Lucientes. Que no llevo yo guantes.

Quitóse Lucientes la manopla, y ambos pusiéronse en pie. Fundidas las diestras en estrecho apretón, estuvieron mirándose en silencio. Esbozóse en ambos rostros una sonrisa, y por fin resonaron, mezclándose, las guturalidades de dos joviales carcajadas.

—Me despejó la embriaguez al verte, señor dijo Lucientes, que volvió a sentarse pasado el instante elocuente en que sin palabras se entendieron —. Libé copiosamente, porque hay instantes en que me asquea el vivir carente de brújula. La incomprensión de los demás me tiene completamente libre de, preocupación, porque como dijo el poeta almibarado: «La indignación de los necios y el croar de las ranas, son el más preciado de mis galardones». Pero contigo, al verte, he vuelto a coger un poco de aprecio a mí mismo, señor.

—Tú no eres de los estúpidos que fingen hallar olvido en el fondo cíe un frasco. Bebes porque te gusta, perillán. Pero aparte de esa inclinación, cuando te acometa el asco de ti mismo, recuerda que hombres como tú y yo, que han visto demasiadas fealdades y han sentido muchas veces el roce del ala fría de la muerte, rinden siempre culto a lo que es noble y digno. Nos abandonamos a cumplir ritualmente actos normales: comer, beber, dormir... Somos quizá incomprensibles para los que viven normalmente, cuando reaccionamos a nuestro modo ante actitudes que otros enfocarían de manera distinta. Pero... basta de filosofía. Vistes finamente, estudiante. Has renunciado al dinero de Civry, y te veo luciendo capa de raso, y ropa flamante. ¿A quién saqueaste?

Diego Lucientes, levemente cohibido, guiñó, un párpado.

—Soy «Monsieur le marquis d'Avapíé», grande de España, en viaje de placer a París, y más concretamente, en singladura de convertirme en asiduo de esta casa. Acepté el empleo de gancho...

Aguardó unos instantes, pero el Pirata Negro no replicó,

limitándose a encogerse de hombros, con tenue sonrisa.

—David Youpin, el dueño del establecimiento es un ente correcto. No me impone, sino que me ruega. Es un buen conocedor de hombres. Dime, señor, ahora que estamos juntos... ¿Tú me vuelves a mandar?

—¿Mandarte a ti? Prefiero antes entendérmelas con un ejército de cafres y hotentotes. Ya que anclaste en París, y da la casualidad que aquí estoy yo, aprovecharé la ocasión de hallarme en tan grata ciudad y tan grata compañía, para quedarme unos días. Cuando me harte de París y de ti, dejaré atrás París... y puedes seguirme, si es tu deseo. Pienso hacer rumbo de nuevo al Caribe. Comprendo que han pasado los días en que navegaban.libremente todos los pabellones. Hoy las armadas de las naciones vigilan constantemente. Pero eso dará más sabor a mi nuevo periplo por las islas antillanas. ¿Dónde te alojas?

Diego Lucientes no replicó. Miraba con, inquietud repentina al Pirata Negro, que repitió:

—¿Dónde te alojas? ¿Dio el vino francés sordera a tus pámpanos?

—Excúsame, señor —empezó a decir Lucientes con vacilación Hablas del Caribe... Yo sé que odias las preguntas. Pero hay algo que me extraña en ti. Cuando mencionabas el mar antillano, había en tus ojos la luz del que no tiene apego a la vida, porque carece de impulso... ¿Y Carlos, tu hijo?

—Cierto, que lo ignorabas. Murió replicó lentamente el Pirata Negro, y esta vez su sonrisa era melancólica —. Te agradezco que no hagas aspavientos, estudiante. También tú sabes comprenderme. Aborrezco los patetismos. Si sufrí... o si sufro cuando pienso en él... no quiero, exteriorizarlo. Por espacio de lías y noches busqué morir, cobardemente. Y con la misma cobardía rehuí el sonreír. Y una noche... brillaban las estrellas más que nunca y la luna era un frió arco en el dosel del cielo. Oí muy claras las reconvenciones que la brisa traía a mis pillos. Comprendí que desde el lugar, en que está, mi hijo me ordenaba que volviera a ser el de siempre. Por primera vez alguien me ordenaba algo, y por vez primera yo acataba la orden. «Ríe, padre», oí que me decía la voz que sólo yo podía oír. «Que tú mismo decías que cobarde es el que no se impone al dolor, sepultándolo en su.pecho, sin mostrarlo en él rostro.» Y por eso yo

reía como tú… ¿Comprendes, estudiante?

Crispó un instante las mandíbulas el Pirata Negro, y al fin, rió secamente. Señaló los barriles.

—Estás familiarizado ya con la casa. Tráeme el mosto mejor, bebamos juntos una copa, y vámonos.

Diego Lucientes agradeció que el hecho de ir en busca del vino y escanciarlo le permitiera recuperarse de la dolorosa impresión que le había causado el saber que Carlos Lezama, el hijo del Pirata Negro, había dejado de existir.

Alzó la copa, chocándola con la de Lezama.

—Unidos, señor. Por la animadora espuela que es tu risa.

—Unidos, Diego Lucientes, Por la loca sensatez que no te abandona.

Bebieron, y Diego Lucientes, depositando su copa, ató el cordón de su capa.

—Me alojo en el «Cocq d’Or». Sitio cercano, limpio y honesto. Por las noches no hay más ruido que los apacibles ronquidos de los durmientes.

—Bien. Pues añadiré mis ronquidos a los de los demás.

Abandonando la bodega, atravesaron el vestíbulo. David Youpin acercóse.

—Buenas noches, señor marqués. Permitidme que os recuerde que a las siete de la madrugada tenéis que…

—Ya sé, ya sé —atajó presuroso Lucientes— Cumpliré lo prometido. Hasta mañana, David.

Por la calle esperó Lucientes algún comentario, del Pirata Negro. Pero Lezama anduvo junto a él, aspirando el aire frió.

—Esto… Yo quisiera decirte algo… pero es difícil de explicar, señor.

—No lo expliques, y te ahorrarás la dificultad. De vez en cuando son agradables las noches frías, De mi primer viaje a París, conservo la impresión de que la atmósfera, cuando ya ha pasado la medianoche, tiene aromas de violetas. Supongo que aquel gallo pintado de amarillo, será la enseña de tu pesebre.

—Esa es la posada —y al entrar Lucientes apoyó su índice en la nuca de un mozo que dormitaba, y que se puso en pie de un salto—. Hola, muchacho. Habitación para el señor caballero que me acompaña.

El mozo fregóse presuroso los ojos con el extremo de su mandil, y después de saludar corrió hacia el extremo del salón, llamando:

—¡«Pere La Tulipe»!

Instantes después un mofletudo sesentón, inclinábase ante Lucientes y Lezama después de que el mozo le hubo transmitido el encargo.

—Desolado, infinitamente desolado

—lamentóse el posadero con amplios ademanes de excusa —. La última habitación libre la ocupasteis vos, señor marqués.

—¿Te importa que coloquen un lecho para ti en mi cuarto, señor? Es grande y confortable.

—Hemos compartido demasiadas cosas, para que me pare yo en pretender conservar mi independencia. Que pongan lecho para mí.

Media hora después, al quitarse la camisa, mostró Lucientes con pueril orgullo, la media coraza que soportaba las varillas de hierro que daban juego y movimiento al antebrazo y mano izquierdos.

—Por eso no me quito la manopla. Es un gran instrumento. Me protege el corazón y da mayor fuerza a mis golpes.

—Ojalá sea cierto lo que afirmas —dijo el Pirata Negro, ’echándose en la cama.

—Muy cierto es, señor.

—¿Protege tu corazón? Quisiera creerlo... pero estamos en París, y desgraciadamente, tengo barrunto de que seguirás siendo un inflamable faldero.

Y dando media vuelta en la cama, el Pirata Negro cerró los ojos, demostrando a las claras su intención de no conversar más.

* * *

Diego Lucientes no durmió. Tenía sueño, pero en evitación de que el Pirata Negro se despertase, no había dicho al posadero que le llamase a las seis y media.

Le resultaba difícil explicar a Lozanía lo sucedido con Rochefort y lo prometido a Raquel Youpin. Había decidido salir a solas del enojoso paso.

Cuando un campanario desgranó las dos campanadas ele las seis y media, Diego Lucientes bajó de puntillas del lecho, y procedió a lavarse sin ruido, empapando de agua la toalla.

Empezó a vestirse, sin descorrer las cortinas de la ventana.

—Buena costumbre esa.

La voz del Pirata Negro le sobresaltó.

—Hola, señor. ¿Despierto ya?

—Costumbre de mar. Y veo qué tú tampoco la has abandonado. Cantaron los gallos y llevo ya unos momentos cavilando, estudiante. ¿A qué tantas precauciones? ¿Temías despertarme? Descorre las cortinas y que el tibio sol parisino nos salude.

Obedeció Lucientes y terminó d abrocharse el coleto. Colocóse la casaca y ciñó bajo ella el cinto tahalí

—¿Cita de amores, estudiante? dijo Lezama, que ya en pie se dedicaba a enérgicas abluciones.

—Sí —replicó Lucientes, acogiéndose ansiosamente a aquella escapatoria.

—Ya.

—Bueno... Me voy... Ya nos veremos luego, señor.

—¿Por qué tantas prisas? Desayunaremos juntos.

Carlos Lezama empezó a vestirse con parsimonia.

—Es que debo marcharme Está lejos.

—¿El corral? —y Lezama se ajustó el coleto de encajes.

Lucientes sonrió con cierta inquietud.

—¿A qué corral.te refieres, señor? Sueles ser hombre comedido cuando a damas te diriges o de ellas hablas. Y mal está que llames corral al hogar donde mi amada me espera.

—Gallina tempranera que da citas cuando el gallo aun bosteza, amigo embustero. Te llamo siempre estudiante, porque tienes cosas que aprender. Si fuera cita de amores, no sería extraño que te hubieses pasado la noche en vela, pensando en ella. Pero habrías dicho al posadero que te llamase, por si el sueño venciera tu vena romántica, que el corazón es flaco pero la carne fuerte. Las parisinas honestas citan a veces, cuando se dirigen al templo a rezar. Pero nunca antes de las ocho...

—La mía es muy madrugadora, señor.

—¿Y David Youpin te lo recordé por si lo olvidabas, no? Vamos a desayunar, espadachín. Yo te.serviré de testigo. ¿Dónde es el duelo?

Bajaba ya las escaleras Lucientes tras el Pirata Negro, dando en vano vueltas en su cabeza al difícil problema de explicarse con coherencia,

—No me hará falta testigo, señor. Él ya los traerá, porque sabe

que yo soy desconocido en la capital, y no he hecho aún amistades.

—¿Quién es él?

—El barón de Rochefort.

—Razón de más para que tú, señor marqués, me lleves a mí de testigo. No aceptes nunca segundos desconocidos, teniendo a mano quien conoces.



—*Gallina tempranera que da cita...*

Devoró rápidamente Lucientes el desayuno, y poco después ambos montaban en sus caballos. El amanecer parisino en aquel día de otoño era frío, y ambos se embozaron en sus capas.

—Tendré que preguntar dónde se halla la Fuente de Diane de Turgis, en el Campo Elíseo.

—La conozco —replicó el Pirata Negro—. Veo que los aristócratas siguen eligiendo el mismo paraje para sus pendencias. Es un lugar romántico, estudiante. Surtidores, estatuas de mármol, árboles majestuosos, verde hierba mullida. No pierdes el tiempo. ¿Es tu primer duelo o ya sumas varios?

—Mi primer duelo en París, señor... Pero te rogaría, que... me dejases ir solo.

—Tate con el testarudo empecatado. Ni media palabra más. Insistir sería irritarme. ¿De cuándo acá estando yo cerca de ti, ibas a consentir que otros te sirvieran para esa misión? Te desconozco,

señor Lucientes. La más elemental discreción te obligaba no sólo a aceptar sin rechistar mi papel de segundo, sino invitarme a ello, y no andar con secreteos.

Puso al trote a su caballo, y poco después llegaban a una ancha explanada donde alternaban los parterres, las estatuas, los estanques y los cuidados jardines.

El Campo Elíseo era en los atardeceres el sitio de reunión y pita, de los enamorados. En los amaneceres, la verde hierba se teñía frecuentemente de sangre...

El barón, de Rochefort estaba ya aguardando en compañía de dos caballeros de vistosa indumentaria.

La fuente de Diana de Turgis, con su grupo escultórico, en el centro de un pequeño estanque, ofrecía un muro marmóreo que complementado con la arboleda y los setos, prestaban al paraje un acogedor aspecto.

Después de atar los dos caballos lejos del árbol donde estaban ya atados los otros tres caballos, Diego Lucientes avanzó. A su lado, el Pirata Negro no manifestó la extrañeza que sentía al ver la densa palidez del rostro del madrileño.

El barón de Rochefort hizo dos ceremoniosas reverencias. Entre los cinco madrugadores hubo un revuelo de chambergos.

—Algo fresca la mañana, ¿no es así, «Monsieur le marquis»? —dijo Rochefort con negligencia.

—Permitidme que os presente al caballero Lezama, señores.

Repitiéronse los saludos, y á su vez, Rochefort señaló a los dos que le acompañaban.

—Ignorante de que ibais a traer vuestro testigo, cuyos pies beso, solicité de los caballeros aquí presentes que fueran vuestro testigo y el mío, respectivamente. Dado que el caballero Lezama ha abandonado el lecho tempranamente por galante amistad con vos, «Monsieur le marquis», tengo el honor de dejar a la elección de mis amigos, el conde de Hirson y el vizconde de Laon quién de ellos saludará a vuestro testigo.

Según la costumbre de la época, si un duelista se presentaba acompañado de su propio testigo, el del otro, para cumplir con el reglamento en uso, debía saludar al que podía ser instantes después su contrincante.

El barón de Rochefort, siempre con modales extremadamente

corteses, hizo un ademán como invocando perdón.

—Excusadme, señor testigo —dijo dirigiendo su mirada hacia Lezama.— Pero por si París tiene el honor de recibir por vez primera vuestra visita, me es grato poneros en antecedentes de que sois libre de replicar como mejor os acomode a la pregunta del vizconde de Laon, que es mi testigo, y por lo tanto quien tiene el derecho que amablemente le ha cedido el conde de Hirson, de saludaros.

—Conozco la costumbre y las réplicas, señor de Rochefort —dijo Lezama, devolviendo la inclinación, que acababa de hacerle el vizconde.

—Os saludo, caballero —dijo Laon después de su exquisita reverencia hecha en los tres tiempos del saludo de corte.

—Vuestro servidor, señor de Laon.

—¿Asistís con vuestra amistad, o tomáis parte y a pecho?

La pregunta era la reglamentaria. «Asistir con la amistad», era limitarse a presenciar el duelo. «Tomar parte y a pecho», significaba medir la espada en duelo al mismo tiempo que los dos principales citados.

—Acabo de conoceros, señor de Laon. Así, pues, asisto con mi amistad.

Repitió Laon su reverencia de corte, mientras Rochefort se quitaba la casaca que entregaba a Hirson, quien la depositó en el reborde de mármol del estanque.

Y entonces habló Lucientes... Sus palabras suscitaron en el Pirata Negro un profundo estupor, y en los dos testigos una sonrisa burlona.

—Suplico, señor barón, que aceptéis todas mis excusas —dijo baja la vista y desaparecida su palidez. Ahora su rostro tenía manchas rojas en las mejillas.

El barón de Rochefort, siguió con su expresión amable.

—¿He oído bien, «Monsieur le marquis? ¿Queréis tener la bondad de repetírmelo que acabáis de decir?

—Os ruego... que aceptéis todas mis excusas. ‘

—Observo que vuestro propio testigo parece no dar crédito a vuestras palabras, «Monsieur le marquis». Permitidme que insista en que las repitáis, por si el caballero que os asiste con su amistad, no las oyó.

Diego Lucientes deglutió saliva.

—Por tercera vez, señor barón, os pido que aceptéis mis excusas.

El barón de Rochefort levantó los hombros en gesto de resignación.

—Lo lamento, «Monsieur le marquis». Esperaba una gallarda actitud. Os confieso que me defraudáis. Ayer noche estabais en postura mucho más arrogante. Deja en mal lugar a vuestro testigo. Casi diría que le habéis encolerizado. No quiero abusar de la situación en que os habéis colocado vos mismo, señor —y ahora el francés envaró el busto— pero en Francia tenemos la costumbre de no perder nunca la cortesía sin que ello sea obstáculo para el cumplimiento de nuestros galantes deberes de valentía.

—Lo cual dicho en pocas palabras es llamarte cobarde —dijo el Pirata Negro, frunciendo el entrecejo. Responde adecuadamente, madrileño.

Lucientes denegó con la cabeza., El barón de Rochefort miró a Lezama.

—Agradezco vuestra intervención, caballero, y en efecto, reconozco que si bien con léxico más violento, habéis manifestado lo que quería significar. Lo siento por vuestro amigo, porque si bien yo guardaré silencio, no podré impedir que mis amigos comenten que en el campo del honor se fundió toda la arrogancia de un español en París.

El Pirata Negro aguardó inútilmente a que contestara Lucientes. Vio las sonrisas despreciativas de los dos oyentes...

—Dos españoles en París, señor barón. Esta cita no me incumbía más que como testigo, pero si ha de ponerse en duda la hombría de mi compañero, tengo que aclarar que anoche bebió en demasía. Es probable que el vino surta ahora sus efectos y bajo la influencia de una indisposición pasajera, mi compañero os haya presentado excusas. Vino con espada y os doy mi palabra que en el campo del honor, nunca la guardan envainada...

Se interrumpió de pronto mirando a los dos testigos que reían silenciosamente.

—Si mis palabras os causan gracia, señores, hacédmelo saber. Tendré gran placer en reír acompañado.

El conde de Hirson hizo una mueca con los labios, mientras el vizconde Laon decía ceremoniosamente:

—Vos invocasteis simplemente la asistencia por amistad. Rehuisteis tomar parte y a pecho.

—Porque no me habíais dado motivos para otra cosa —y el Pirata Negro sonrió mostrando en amplio ademán cuanto les rodeaba.— Por mi parte lamento que la indisposición temporal de mi compañero, nos haya privado de asistir a un buen espectáculo. ¿Consentiremos que un amanecer en el Campo Elíseo termine así? Hablando con más precisión: ¿quién de vuesas mercedes me hará el honor de ser el primero en medir el terreno conmigo?

—Gallarda actitud, caballero —intervino Rochefort.— Pero no os debéis considerar obligado a duelo. Acepto por buenas vuestras explicaciones y doy por cierto que «Monsieur le marquis» me dará una nueva cita, cuando desaparezca su actual indisposición...

—¡Alto, Rochefort! —exclamó.Laon.— Tú y tu adversario os pondréis de acuerdo como queráis, pero por el instante, exijo que te abstengas de intervenir, ya que con evidente claridad el caballero testigo me ha retado.

Rochefort asintió mudamente, colocándose de nuevo la casaca.

El conde de Hirson rió esta vez sonoramente. Era un robusto muchacho de rubias guedejas engomaos, que tenía en su haber cuatro duelos victoriosos.

—Siempre y cuando el caballero no te presente sus excusas, Laon-dijo irónicamente, mirando a su amigo el vizconde.

—No hables así, Hirson —reprochó Rochefort.— No debes...

—Gracias, señor barón, por vuestra defensa que ni he pedido ni quiero, aunque la acepte como muestra de vuestra galantería. En cuanto a vos —y el Pirata Negro apuntó con el índice a Hirson— os diré tan sólo dos cosas: sin menospreciar al señor vizconde, os hago saber que cuando le haya desarmado, a vos os daré frente con mi espada en la mano izquierda.

—¡Jactancia española! —. rió el aludido.

—Que siempre se cumple, amiguito. Basta ya de floreos. Cuando queráis, señor.

El vizconde de Laon quitóse la casaca... Diego Lucientes hablase apartado unos pasos, y en sentido contrario lo hizo también Rochefort.

Tiró el Pirata Negro al suelo su capa, detrás de sus pies.

—Os puede estorbar, caballero —advirtió Rochefort.

—Si retrocediera, sí… —sonrió el Pirata Negro, desenvainando.

Laon besó la hoja de su espada, saludó y entraron en contacto los dos aceros. Trabó el francés con prudencia; sin ser un esgrimista de primera categoría, se sentía orgulloso de haber vencido en otros duelos.

Carlos Lezama llevaba un propósito, y por eso empleó la esgrima alta, atacando sin moverse en cortas, estocadas a la frente, colocando siempre su hoja bajo la del contrario pura obligarte a levantarla y evitar sus posibles réplicas bajas.

Avanzó el francés, y cuando las dos espadas formaban una cruz delante los dos rostros, empujó en pretensión de obligar a retroceder a su oponente.

Saltó hacia atrás al sentirse incapaz de soportar el dolor que en su muñeca le producía la presión del acero adversario sobre el suyo, y al querer bajar la guardia, hallóse desarmado, porque la punta de la tizona del Pirata Negro, entrando en el ojal de la empuñadura contraria vibró, y la espada de Laon surcó los aires.

—No doy segunda —dijo el Pirata Negro abatiendo su espada, cuya punta colocó encima del extremo de su bota izquierda.

Con ello significaba que hacía ver su derecho, de no dar nuevo combare al desarmado.

El vizconde de Laon, inflamado el rostro en contenida rabia vergonzosa, dirigióse hacia donde había caído su espada.

El conde de Hirson avanzó. Estaba ya en manáis de camisa, y entre sus dos manos hacía flexionar su espada, arqueándola.

—Os quiero hacer saber, señor español, que mi amigo Laon, aunque valiente a carta cabal, reconoce que soy infinitamente superior a él, porque yo recibí clases del propio Bussy Leclere. Os lo advierto, porque si empleáis la izquierda, lo consideraré ofensa y no os desarmaré, sino que os heriré.

El Pirata Negro cogió la empuñadura con la zurda.

—Yo me limitaré a desarmaros, señor francés.

—¿No sabéis quién es Bussy Leclere? —preguntó Hirson, extrañado.

—Oí hablar de él. Creo que es uno de los mejores maestros de armas de.París.

—¡De Francia, señor! Y yo, después de Rochefort, he sido su alumno más aventajado.

—No os haré el agravio de suponer que intentáis asustarme. ¿No veis como tiemblan mis rodillas y me castañetean los dientes? Lo siento por Bussy Leclere, pero os presento mi izquierda, porque yo he sido mi propio maestro; multiplicad por cien los duelos que vos habéis podido tener, y tendréis los que yo he resuelto a mi favor. Sólo una vez no vencí, y luego os diré quien fue el que me hizo reconocer que era mi igual. ¡En guardia, señor!

Hirson, pese a su juventud era indiscutiblemente observador, porque en su forma de iniciar el combate, demostró que aleccionado por la breve lucha entre su amigo y el que ahora osaba enfrentársele empleando la izquierda, intentaba dominar el ímpetu de su sangre joven y bullente fintando con largos tanteos precavidos.

Y también empleó la táctica del desplazamiento en círculo, con breves saltos laterales, destinados a obligar a su contrincante a cesar en su bravata de no retroceder.

Pero Lezama, seguía con su propósito de batallar fríamente, empleando a fondo sus recursos de esgrimista, y hasta haciendo alardes innecesarios si el combate hubiera sido normal.

Su propósito era demostrar que dominaba la difícil ciencia, para lo cual remedó en todas sus contraparadas la exacta pulcritud de un maestro de armas dando una exhibición en su entarimado.

Pero el suelo era de hierba y el «discípulo» iba acalorándose, buscando ya puntos vitales, y abandonando su primera intención ostensible de herir tan sólo en un brazo o en una pierna al que simplemente con giros de muñera, y rotación sobre los tacones, limitábase a ir efectuando las clásicas contrallaves a los punterazos y estocadas…

A la salida de un intercambio, el Pirata Negro tuvo que flexionar sobre sus rodillas, salvando por milímetros la estocada destinada a su entrecejo.

—Tate —murmuró defendiéndose ahora de una impetuosa serie de golpes de punta a su flanco derecho.— No os vanagloriasteis, señor, y felicito a Bussy Leclerc que sabe dar lecciones. Tanto más a mi favor, conde de Hirson. Y ahora… ¡por los cuernos quemados de todos los rabones infernales! —exclamó centelleantes los ojos, entrecortada la voz por los poderosos estoconazos con los que iba avanzando.— ¡Aprended otra lección! ¡Tercia al flanco! ¡Una!

¡Doble ligazón en centro! ¡Dos! ¡Alzad el puño, discípulo! ¡Tres! ¡Parad en sexta! ¡Levantad… o despedíos del pulmón! ¡Cuarta en sesgo! ¡Y última!

La espada de Hirson pareció quebrarse al hacer su dueño un recio esfuerzo intentando eludir lo que no pudo evitar: la torsión a que estaba sometido su acero, hizo que éste le saltara de las manos.

La espada fue a caer a dos pasos de Rochefort, quien inclinándose la recogió, presentándola por la guarda a Lezama.

—Caballero. Mis felicitaciones, a la que espero que mi amigo el conde tendrá el buen gusto de unir las suyas… ¡Vamos, Hirson! Que no se diga que un valeroso francés no he ser el primero en admitir que ha sido honrosamente vencido.

Hirson hizo una mueca casi grotesca en su esfuerzo por dominarse inclinó la cabeza y habló con voz apagada:

—Reconozco que me habéis dado, una lección, caballero. Pero, ¡voto al diablo!, que también me daréis desquite.

—Sin rencor, tendréis más probabilidades, querido discípulo de Bussy Leclerc —replicó Lezama tendiéndole su espada. Envainó la suya, añadiendo:— Sabéis que nada supera la fanfarronería de los que dieron clases de esgrima en el terreno del asalto amistoso, y en el de la muerte. Por esa razón, os recomiendo que pidáis a Bussy Leclerc que os enseñe alguna estocada secreta, y si lográis sorprenderme con ella, cantaré vuestras alabanzas a los gusanos que me coman.

Diego Lucientes desde que comenzaron los dos duelos, habíase apartado hasta llegar junto a su caballo. Pero oía.perfectamente las palabras que pronunciaba el Pirata Negro así como la voz sonora y bien timbrada de. Rochefort, que ahora comentó: —Tengo la certidumbre de que lograréis convencer a vuestro amigo para que con la mayor prontitud posible me cite otra vez aquí mismo, caballero. Si le servisteis de testigo, no puedo poner en entredicho vuestra afirmación de que el señor marqués d'Avapié sufre hoy una indisposición de la que se repondrá.

—No lo pongáis en tela de juicio, señor. Pudisteis ver que tuve empeño en demostrar al señor de Hirson que no soy manco. Le dije que sólo uno había logrado igualarme. Todos los alardes que me he consentido no han sido por pura bravuconería, aunque esté levemente viciado. Han sido simplemente para que sepáis quien es

el que hoy ha sufrido la peor de las afrentas al tener que imponerse el agravio de pedir excusas, envainada la espada. Él fue quien logró mantener mi espada a raya en combate largo y a muerte.

Rochefort se inclinó, apoyando chambergo.en su pecho.

—Hasta pronto, caballero. Pospongo mi boda, hasta el momento en que vuestro amigo pueda comprobar que lo cortés... en mí... no quita lo valiente. Vuestro rendido servidor.

Hirson y Laon saludaron con tiesura, siguiendo en pos de Rochefort. Deliberadamente, los tres fingieron no ver a Diego Lucientes.

Pusieron al trote sus caballos, alejándose por entre la arboleda, en dirección' al centro de la ciudad.

Acercóse el Pirata Negro hasta enfrentarse con el madrileño.

—Hay en tu frente una cicatriz que antes no vi, señor Lucientes. Posiblemente ha aumentado tu locura, pero no hasta el punto de convertirte en hombre que presenta excusas por tres veces, cuando le citan duelo. Contén la lengua. Te suplico encarecidamente que moderes tu deseo de desembuchar insolencias. Ni por un instante ha pasado por mi imaginación el presentimiento de que tu extraña conducta fuera producto de cobardía. La única cualidad que tenemos tú y yo, es que dominamos siempre el miedo que sentimos y nos complace aparecer como valientes que no dan importancia a la vida. He experimentado la mayor de las sorpresas al oírte tan comedido. ¿Es mucho pedir que solicite de ti la explicación por la cual lodo un hombre como Diego Lucientes, cuando tiene la espada en la mano, se comporta como un aprendiz de barbero en su primer duelo?

—Gracias, señor. Como siempre, has hallado las palabras justas. ¡Así Rochefort me abofetease no puedo batirme en duelo con él! ¡Malditas sean las mujeres!

—Tate... es la primera vez que te oigo quejarte de días —y el. Pirata Negro sonrió: ¿Acaso el hermoso Rochefort es una dama con atuendo masculino? No lo creo. Escucha, estudiante. Por lo que yo he pasado, comprendo lo costoso que ha debido ser para ti este trance. Y deduzco por lo tanto que grande ha de ser la causa por la que has consentido que hoy en París, se hable en términos de irrisión de un marqués español....

—¡Repámpanos! —y Lucientes se pegó con la zurda un

palmetazo en el pecho.— Que en París estaré para cortar las lenguas de cuantos me —tomen por un espantapájaros..., mientras no sea Rochefort.

—Abrevia. ¿Motivos por los que mi señor don Diego Lucientes se levantó a las seis y media para venir a pastar en un prado lleno de hierba, llevando al parecer la espada para no agacharse a corlarla?

Diego Lucientes fue exponiendo cuanto aconteció desde su conocimiento de Josephine, hasta el instante en que abandonó e1 despacho después de hablar con Raquel Youpin. Omitió tan sólo explicar que la judía habíase ofrecido físicamente...

—Imbécil —musitó el Pirata Negro. Y en su frente sé hinchó una vena, al agolparse en ella la sangre.

—Ya sabía yo que tal me llamarías, señor —se excusó contrito el madrileño— Pero no es que quiera reprocharte nada al decirte que lo que de Quijote tengo, de ti lo aprendí.

—No hay quijotismo en prometer a una dama aquello que ningún hombre que se precie de serlo, no puede prometer. ¿Te sentiste dispuesto a bravuconear con Rochefort? Pues a seguirlo haciendo cuando aquí te guardó, ¡mal rayo te parta! Y por más súplicas que ella te prodigase, debiste hacer oídos de mercader. Bastaba con decirle que su petición era un capricho infundado. Tienes lengua, ¡demontre!, y bien la sabes emplear cuando con ellas te las entiendes... ¿Te picó el abejorro del bobalicón? A galante nunca me ganaste, y sin embargo yo te aseguro que ninguna dama podrá jactarse de que yo renuncie a mi hombría... No por la opinión de los demás, sino por mi propia opinión. Óyeme, señor Lucientes, que muy en serio te hablo. ¿Si nos quitan la virtud de sostener en todos los terrenos aquello que decimos como.perdonavidas, que queda de nosotros dos? Pingajos...

—Justos son tus reproches, señor. Pero ignoras lo más importante. Debería callármelo, pero que ello me sirva de atenuante. Raquel Youpin, una mujer honesta, se impuso la mayor de las vergüenzas, tan fuerte era su deseo y su dignidad: me brindó su virtud, con tal de que yo accediera. Una mujer que á tal extremo llega, siendo honesta, no suplica por capricho. Si lo hace, es porque le va en ello algo muy grande...

El Pirata Negro rió secamente, apoyado el puño diestro en su cadera, mientras su zurda daba un leve revés en la frente de

Lucientes.

—Esta cicatriz debe tener la culpa, tontolín. Una mujer honesta no se hubiese comportado como Raquel, para obtener lo que no es más que un necio concepto de una dignidad mal empleada. ¿Virtuosa y se ofrece? Perdón tiene y hasta admiración inspira, la hija que tal hace por salvar la vida de un padre... Pero la fea con dote que no quiere que supongan que puede estar deseosa de vengarse del que de ella se burló, es una pobre estúpida. Y que me perdone la que ahora no me oye, pero que pronto me va a oír. Vamos «A Bon Viveur», estudiante. Quiero que me presentes a Raquel Youpin.

—¡Señor! —balbució.Lucientes

—¿Qué señor! ¡Lezama a secas, Lucientes! ¿Por ventura me crees de tu jaez? No vayas a endilgarme consejos de cómo debe comportarse un hombre galante ante una presunta dama, porque cuando tú te chupabas el pulgar, le cantaba yo ya mis primeras verdades poéticas a una doncellita pecosa y del color de pimienta. Vamos presto. Sigue chupándote el pulgar, y deja que yo maniobre el timón.

Ensilló Lezama recogiendo las riendas.

—Aúpate, don Diego de mis entretelas. Que no sufra tu honrilla, que si anoche te comportaste como un colegial crédulo, y yo puedo remediarlo, en otra ocasión, que flaco es el espíritu del que más presume, tú me sacarás de otro atolladero, cuando yo me chupe el pulgar sin darme cuenta.

Pusieron al trote sus caballos, y entrando ya en la rué Lépic, el Pirata Negro volvióse en la silla.

—Rochefort es todo un caballero al estilo parisién. ¿Quieres o no quieres demostrarle que tu espada corre parejas con tu lengua, una vez salgas de la zanja en que te zambulliste?

—Deseo fervientemente, y cuanto antes entendérmelas con Rochefort, Laon, Hirson y todo bicho viviente que me mire de reojo. ¡París sabrá quién soy yo!

—No te pongas tan serio —dijo el Pirata Negro a la par que descabalgaba.— La furia española debe ser de cuando en cuando cubierta con un velo transparente de calmosa sorna. Precédeme ahora, señor marqués. Que David Youpin nos conduzca hacia su hermana, y me conceda coa ella una entrevista, en la que ahora tú

vas a ser el testigo.

CAPITULO VI

Un duelo tenaz

En el vestíbulo, un lacayo informó a los visitantes que a tan temprana hora, el dueño se hallaba en «Le Marché aux Halles», y que en el establecimiento tan sólo estaba la señora hermana de David Youpin.

—Anúnciale que el señor marqués d'Avapié, desea ser recibido para darle cuenta del cumplimiento de su misión. Y que a la vez, solicita su venia para presentarle a un amigo suyo.

Cuando el lacayo se hubo marchado, Lucientes dijo en voz baja:

—No las tengo todas conmigo, señor. Más preferiría que allá arriba nos aguardasen veinte dogos rabiosos con cardos en las sentaderas.

—Dame entrada al puerto, que yo anclaré el navío de tu torpeza

Raquel Youpin acogió con un parpadeo la reverencia del Pirata Negro.

—Sentaos, caballeros. Decidle, Diego, lo ocurrido. No debéis tener secretos para el caballero Lezama cuando con él habéis venido.

—Todo cuanto le he contado no es más que lo que la sociedad de París conoce, y no creo con ello haber cometido indiscreción, Raquel. En cuanto al duelo, finiquitó como os prometí. Reiteré mis excusas por tres veces y Rochefort puede ahora vanagloriarse de que me atemorizó.

—Mi agradecimiento de lodo corazón, Diego —dijo ella hablando en español, con suave voz y sonrisa henchida de contento.

—Solicito, señora, que algo de la amistad que os habéis dignado conceder a mi amigo, me haga ser tolerado si me tomo la libertad de sugerir una solución para poner bálsamo al escozor que no

abandonará a vuestro duelista, mientras siga en París. ¿Me dais venia para hablar?

—Os escucho atentamente.

—Ante todo, debo comentar algo que ignoráis por ser una dama. La única fortuna de un espadachín es conservar limpio de mácula su acero. Tan gran sacrificio es para el hombre que de tal se precie, humillarse ante otro hombre, como pura una mujer honesta provocar concupiscencias. Vos ignoráis este último extremo, pero el que aquí fue anoche el señor marqués, sabe lo doloroso que es el trance por el que ha pasado está madrugada. Nos incumbe pues a vos como amiga agradecida, y a mí como amigo entrometido, hallar solución a este tropiezo. Y creo haberla hallado.

—Decid —invitó ella, pero en su voz ya no había suavidad.

—Vuestro temor era que Rochefort pudiera imaginarse, que por estar el señor marqués aquí creado, continuamente en trato asiduo con las mesas de juego de la casa, pudiera llegar a saberse que él colaboraba con vuestro hermano, en cuyo caso podría también suponer que vos disteis el primer empleo a mi amigo, enviándolo a retar a Rochefort. Corregidme si me equivoco, señora.

—Por ahora no hacéis más que exponer claramente el motivo por el que supliqué por todos los medios a mi alcance, que Diego no desenvainase. Él ha aceptado, y siempre hallará en mi cuanto desee.

—Si llevo yo la palabra, señora, es porque él aún sufre de mudez, a consecuencia del reciente amargor. Me concede carta blanca porque sabe que yo sólo pretendo servir los intereses de dama de vuestra acrisolada dignidad, y satisfacer a la vez el amor propio herido del que nunca retiró en el campo de duelo, lo que dijo en salones.

—¿Cómo podréis aunar ambos intereses? Creo que fueron reyes de España los que tenían por lema: Tanto monta, monta tanto... Y si grande es el amor propio de Diego, el mío le iguala. No quiero que nunca pueda ser dicho que en mi alma anida rencor. Quiero que crean que he olvidado la afrenta que Rochefort me hizo. Y para que ello fuese posible, era necesario que un caballero galante se sacrificase.

—Demostró ya mi amigo que es galante en grado supremo, y que su capacidad de sacrificio llegó a tal punto, que ante vuestras súplicas se nubló su entendimiento y su posible sentido común, que

por lo que escasea nada tiene de común.

—Hay cierta entonación doctoral en vuestras palabras, caballero-objetó Raquel, con adustez.

El Pirata Negro esbozó una sonrisa amable. Pero sus ojos tenían destellos de sarcasmo.

—Dejadme presumir de mi doctorado en dos, señora. Muchos más que los vuestros y algunos más que don Diego. Por un instante, ¿me permitís que me coloque en la persona de don Diego cuando en esta sala estaba oyendo ayer noche vuestras súplicas?

—Percibo cierta mofa en vuestras palabras al decir: "Don Diego" —remedó ella un deje burlón.

—Tenéis gran percepción, señora. Porque sé todo lo caballero que es mi amigo, estimo que el «don» que está al alcance de cualquiera, le envilece. Su mayor orgullo estriba en que los que empezaron llamándole Diego, no siendo mujeres, le antepongan luego espontáneamente el «señor». Pero olvidemos por un instante el incensario, que el señor Diego es muy propenso a ruborizarse. Imaginemos que por un azar yo fuera el que anoche oyera vuestras encarecidas llamadas al buen corazón de un pelirrojo español.

—¿Por qué vos creéis que pudierais nunca haber estado en su lugar?

—Tenéis ante todo el sentido comercial, señora. Démosle pues al que lo pida, pan y vino, cuando eso quiera, y no masa y agua. Si me anticipo en dos días al señor Diego, yo hubiera sido el marqués de Avapiés, porque tengo a gala, como él, cuando las circunstancias lo mandan, volcar el naipe que preciso, fingir altanería espontánea, y emplear la espada con la misma pulcritud.

—Bien. Demos por supuesto que vos aventajáis a Diego en tahúr —dijo ella con mordacidad avinagrada-y en cambio seáis inferior a él en caballerosidad.

—Démoslo por bien supuesto, señora —replicó sonriente el Pirata Negro.— Y ahora imaginemos la escena. Vos me decís que no debo batirme en duelo, después de haberme puesto en evidencia como un bravucón sin temor. Vos me decís que debo presentar mis excusas a Rochefort. Argumentáis que por estar al servicio de las trampas con que prosperan los buenos negocios, no puedo batirme con Rochefort. Y entonces, yo que a galante no quiero que nadie —me gane, me niego, y a la vez os convenzo de que vuestros

argumentos son febriles y carentes de solidez. ¿Mitigo mis palacras, señora? Me arrancaría la lengua antes que pretender intencionadamente tacharos de cabecilla alocada.

—Vuestra galantería, caballero, me resulta odiosa. ¡Hablad con dureza! No soy una mujer. ¡Soy Raquel Youpin!

—Si hay ciego que creyendo ver, no supo adivinar en vos los tesoros que anidáis, no por eso podéis exigirme que yo vea en vos una dama que tiene un muy poderoso atractivo. La belleza nunca reside en un perfil o en un rasgo. Alienta en lo que sólo el hombre experto puede adivinar. Un escorzo de cintura, un arco de cuello, unos labios bien dibujados, unos ojos de terciopelo, que al brillar irritados tienen luz de llama íntima...

—Tregua, señor —dijo Raquel cerrando por unos instantes los párpados— Antes me llamasteis cabecilla alocada. ¿Es también para vos, hábil lenguaraz, un madrigal?

—Lo es. Porque si sólo fuerais dueña de encantos innegables para los que sabemos apartarnos de las insulsas muñecas de perfil griego, ya nos fascinaríais. Pero nos esclavizaríais al saber que no sois un cerebro sesudo. Siempre asusta al hombro hallarse ante una mujer superior al él en lo que se ha dado en llamarse inteligencia.

—Creo que me estáis tildando de tontuela —dijo ella siempre con los ojos cerrados.

—Un encanto más, cuando en vos fue tan sólo un rayo fugaz, puesto que harto sabe París que Raquel Youpin es inteligente. Y anoche restalló ese rayo, cegando a mi amigo.

—¡Y a vos no os hubiera cegado lo que tildáis de alocamiento mío!

—Ignoro de qué color era el pájaro del Paraíso, porque su aleteo me impidió percibirlo. Si ahora os digo que era azul y oro, es, porque le vi posarse en una rama. Al igual puedo afirmar que si hablo con claridad es porque veo desde lejos lo que me sucedió. Vuestros razonamientos pareciéronle sensatísimos a mi amigo, como posiblemente a mi me habría sucedido. Pero desde ayer han pasado horas, y cuando Cristóbal Colón consiguió mantener en equilibrio un cascarón, le consideraron un genio, porque llevaba el truco preparado en su mente. Y lo llevo yo también ahora bien meditado. Yo, si ayer hubiera sido el que nos oye, y nos halaga con su expresión embobada, os habría replicado: «Señora, considerad

que desde este instante, dejo el falso honor de ser marqués de un barrio plebeyo de Madrid, para aspirar al embriagador honor de ser vuestro rendido esclavo». Y esta mañana hubiera matado a Rochefort, porque pudiendo casarme con vos, fue tan necio que fue a llevar su estulticia a otro paraje.

Raquel Youpin contrajo las cejas, mientras Lucientes dábase una palmada en la frente.

—¡Eso es el huevo de Colón! —exclamó guiñando un ojo, alborozado.— Natural, Raquel. Dejando de estar a vuestro servicio como... jugador, nada me impedía seguirlo estando al liberaros de Rochefort, sin nunca más aparecer por aquí. ¡Desde este instante me considero relevado de mi promesa!

—Ingeniosa infantilidad la de vuestro amigo, Diego —comentó ella desdeñosamente.— Hay quien os vio llegar raído y hambriento anteayer... Y ayer estabais bien vestido, con bolsa, y marquesado. París es suspicaz. ¿Qué importa que a raíz de vuestro diálogo con Rochefort no aparecierais más por mi casa? Tarde o temprano la verdad se haría... Y mi dignidad quedaría por igual en entredicho. Vuestra solución es un cascarón insostenible, caballero Lezama.

—Casquemos pues otro, señora. Desde niño presenté grandes síntomas de poseer una imaginación desbocada, y el tiempo y la vida con sus avatares, fueron demostrando que cuanto yo imaginaba y creía delirios, eran cosa cierta, porque la realidad supera siempre a la imaginación. Había otro procedimiento para conciliar ambos amores propios: el de espadachín y el de dama digna. ¿Como tiene a bien llamarse la muy respetable hija del pañero lionés?

—Amelie Torchon —dijo Raquel, cerrando los ojos.

—Ved qué sencillo: El marqués de Avapiés, ronda la casa de los Torchon. Salta la tapia si la hay, o descerraja un balcón. Entra, y ofende a la hija del trapero afortunado. Ya nadie hablará de vos, sino que comentarán que el aventurero marqués, sin doblas ni talegas, pretendió ganar por la mano a barón sin blanca, en la carrera dorada, y justo es que ambos se maten, para ver quien come a manteles de encajes. Queda pues salvaguardada vuestra dignidad.

—Vos no entendéis el corazón de una mujer ofendida, caballero Lezama.

—Si como vos es honesta y buena, llorará en silencio. Y

sabiendo feliz al que secretamente sigue amando, se mitigará su pena.

—No tenéis la menor idea de lo que es la mente.de una mujer atormentada por los celos. ¿Yo defender la vida de Rochefort? ¿Yo? Pero... ¡si le odio! ¡Mil muertes le deseo!

—Entonces, asunto terminado, señora. No os molesto más con mis insulseces. Oíste a la señora, espadachín. Estáis obligado a dar mil muertes al odioso Rochefort, al que ella odia con toda la fuerza de su ser.

Se puso en pie Lezama, imitado por Lucientes.

Raquel Youpin levantóse, y avanzó hacia el Pirata Negro hasta detenerse frente a él. Casi rozó su cuello con su aliento...

—Sabed, caballero, que nunca un judío perdona una ofensa, aunque otra cosa pueda creerse. Y tampoco olvida que su dignidad le impide acusar el golpe de la ofensa. Fingiendo despreciar la ofensa, desprecia al ofensor. Por eso, ni hoy ni nunca puede retar a Rochefort el que me juró no hacerlo.

Sin volverse, juntó ella las manos, elevándolas a la altura de su rostro y tocando el pecho del Pirata Negro.

—¡Hablad, Diego! ¡Os lo exijo! —exclamó sordamente—. Que sepa vuestro ingenioso amigo, a cuánto puede llegar mi afán de que nadie en París sepa que me considero ofendida, cuando os propuse... ¡lo que exijo expliquéis al que nos oye!

—No necesito que él me explique riada, señora —dijo incisivamente el Pirata Negro—. Por más oro que le ofrecierais, no dejarla de calificaros de excesivamente aferrada a un falso concepto de la dignidad.

—¡Le ofrecí mi cuerpo! ¿Oyes, entrometido aventurero? —y durante unos instantes pareció que Raquel Youpin quería acometer con los puños al que tenía frente a ella—. Fui impura, para conservar íntegra mi dignidad. ¿Es locura lo que digo?

El Pirata Negro retrocedió un paso, haciendo una breve reverencia.

—La vestal quemaba incienso a su ídolo. Vos quemasteis mirra por el fantasma de un amor propio que os extravía la mente. Pero no podéis exigir qué mi amigo os acompañe en vuestro extravío. El tiene que batirse en duelo con Rochefort, si en algo estima su hombría, tan digna como la mirra que vos brindasteis.

—¡No puede!

—¿Por qué, señora? Está ya convencido de que le alucinó el rayo de vuestro atacamiento pasajero. ¿Por qué, pues, no puede cumplir como hombre?

—Porque... me hizo suya.

El Pirata Negro crispó los puños, mirando a Lucientes. Y de pronto, sonrió.

—Señora, por un instante ibais a lanzarme contra mi amigo. En tan espinosa cuestión, supusisteis que él no os tildaría de mentirosa. Yo sí, porque le sé incapaz de villanía, y lo hubiera sido aceptar, mujer honesta forzada.

Raquel Youpin cerró los puños, y juntó las manos en ademán suplicante.

—Perdonadme, señores. Reconozco que me he comportado tontamente. Os hago un ruego. No toméis medida alguna hasta dentro de una hora; habré recobrado la serenidad y comunicado a mi hermano mi decisión de marcharme de París. ¿Queréis aguardarme en donde mejor se os antoje? ¿En la bodega, Diego?

Su sonrisa era melancólica, pero amable. El Pirata Negro inclinóse.

—Gracias, señora. Acompañaré a. mi amigo donde le habéis indicado; que también a mí el olor del mosto me apetece.

Diego Lucientes bajó apresuradamente las escaleras, y como quien sabe el lugar que pisa, entró en la bodega, escanciándose rápidamente una copa de chispeante champaña.

—¡Repámpanos! —exclamó chasqueando la lengua contra el paladar.— Me dio sed tu duelo con Raquel, señor. Estuviste magnificó; sin perder un ápice de tu habitual corrección, como cuando con damas honestas tratas.

—Lo siento, estudiante. Raquel ni es dama ni es honesta.

—¿Eh? ¿Bromeas, señor? Pero es chanza impropia de ti.

—¿Estás ciego, mal rayo te parta? ¿No comprendes que nada está claro en la actitud de esta mujer?..

—Dentro de una hora, verás que Raquel nos anuncia su partida de París.

—Si para un judío —reconocer una ofensa es imposible, ¿no reconoce ella con hartura que está ofendida al irse, tan próxima la boda de Rochefort? En fin, aquí aguardaremos la hora prometida, y

si brotaran serpientes de los barriles, no me extrañaría.

—¿Deliras, señor? ¿Tan mal te huelen los mostos que nublaron tu cerebro?

—Si me dijeran algún día que Raquel Youpin era un monstruo de perversidades que mente humana jamás soñó, no tomaría la defensa de Raquel Youpin.

Estupefacto, Diego Lucientes dejóse caer sentado.

—Me has apuntillado, señor.

—¿Por buey crédulo, o por torillo retozón que es incapaz de discernir con claridad cuando ante él está una diablesa fea y monstruosamente atractiva a la vez?.. Tate, estudiante... Ojea, la entrada. Hay invitados.

Cinco individuos, uno tras otro, ocuparon el rellano de la escalera. El último cerró la puerta. Los cinco llevaban en la diestra espada, y en la zurda, larga daga.

CAPITULO VII

La última sorpresa

Diego Lucientes púsose en pie, alarmado. Reconocía a los cinco individuos que en grupo sombrío, estaban inmóviles en el rellano.

—Son los cinco maestros de armas de David Youpin. Ayer noche, Fifine fue dándomelos a conocer desde lejos, cuando deambulaban por la sala de juego. Uno de ellos es Tourbillon... Tuve trato con él, y es duro.

Destacóse uno del grupo bajando ten sólo un escalón. Ágilmente saltaron dos a sus costados, flanqueándolo.

—Rendid las armas, españoles —habló con meliflua voz, que salía extrañamente de su atlético corpachón.

El Pirata Negro se cruzó de brazos.

—Desde esta distancia podemos dialogar, mis muy imponentes señores. Dispuesto estoy a creer que tenéis miedo de que estemos saqueando este feudo de Baco.

—Desabrocha tu cinto, así como el otro —dijo despreciativamente el que hablaba—. Arrojadlos lejos de vosotros y venid a rendiros.

—¿Te enteras, estudiante? Quiere el caballero que nos rindamos a sus gracias. Hay error, compadre. Estamos aquí dentro por amable invitación de los dueños. Y que yo sepa, ninguna pelea tengo con los maestros de armas de David Youpin.

—Tú que hablas, tenemos por misión aprehenderte sin daño. En cuanto a tu compañero, ofendió a Tourbillon y Tourbillon quiere matarle, si se atreve a desenvainar.

—¿A mí vivo? ¿No lo estoy ya? En cuanto a ti, estudiante, tú verás lo que replicas a este bigardo mandamás.

Diego Lucientes desde la distancia de diez pasos a que se hallaba

de los cinco espadachines, rascóse la sien.

—Menos que nunca entiendo lo que ocurre, señor.

—¿No adivinas a qué vienen esos esbirros?

—Eso sí. Vienen por nuestras pieles. Pero, ¿por qué?

—Curtidores de piel de asno no son. Y asnos fuimos por entrar en esta bodega cuya única salida es la puerta que obstruyen esos esbirros.

—¡Basta de conciliábulo! —y el espadachín que estaba al frente de los otros cuatro avanzó un paso—. Tenéis dos minutos para obedecer.

—Antes nos dieron una hora para meditar en lo muy borricos que somos. Ahora me sobra un minuto para decretar que eres un estúpido borrico, matón de siete suelas. Si queréis cogerme vivo, es porque se trata de que muera a gusto de quien os envía.

Los dos que estaban en lo alto de la escalera bajaron unos peldaños. Imponía el silencio y la hosca determinación con que se movían.

—¡Rendíos ya y evitaréis morir!

—Me rendiré a la miel de tus palabras, si antes me informas quién os envía.

—David Youpin.

—Pero, ¿qué le hemos hecho a nuestro entrañable vendesalsas?

—Ha de castigar las afrentas que habéis inferido a la señora Raquel. Basta de explicaciones, hombre moreno. Tira lejos de ti el cinto.

—No puedo creer que tengáis malas intenciones, aunque al principio me parecisteis esbirros decididos a matar sin el menor escrúpulo. De sabios es mudar de opinión... —y rápidamente intercaló el Pirata Negro en español—: Los banquillos, «madriles». —Elevó la voz y con leve matiz burlesco, preguntó— ¿Si me rindo, no me maltrataréis?

Los dos espadachines del flanco avanzaron un paso más. El que llevaba la voz cantante cimbreó en el aire la espada y alzó la daga, con el fácil ademán del hombre que debía sus músculos al prolongado ejercicio de ambas armas.

—¡Sus y a ellos! —gritó.

El Pirata Negro apoyábase en un tonel. Inesperadamente, distendióse como un felino dispuesto a saltar.

Arqueó las anchas espaldas introduciéndolas bajo el barril, y pasmó por un breve instante a los que avanzaban ceñudamente, al verle realizar la asombrosa proeza aprendida en el Caribe.

Simultáneamente a su acción de izar el pesado barril sobre sus espaldas, Lucientes se agachó cogiendo el banquillo en el que se sentaba. Con los miembros abultados por la poderosa contracción con la que, cual redivivo titán, alzaba el tonel por encima de su cabeza, y abiertas las piernas en compás de equilibrio ya que la más leve vacilación podía hacerle perecer aplastado bajo el panzudo barril repleto de vino, el Pirata Negro lanzó una exclamación sorda, con la que parecía acompañar el arco que, en el aire y a poca altura, describió el barril.

Diego Lucientes lanzó el banquillo casi a ras del suelo. La doble acometida fue tan rápida, que la madera del banquillo resonó crujiente al partir la rodilla del primer espadachín...

Abatióse con un gemido de dolor, y el banquillo, en su volteo, chocó contra su vientre...

—¡Tonerre de Dieu! —gritó encorajinado Tourbillon, saltando de costado para evitar el segundo banquillo...

Entonces el barril rodó por el suelo con ruido opaco, después de aplastar al que hasta entonces había estado hablando...

El Pirata Negro retrocedió corriendo hacia el fondo de la bodega y asió un barril menos voluminoso, cuyo contenido rondaría los ochenta litros.

De los tres que avanzaban presurosos, fijos los ojos en banquillos y barriles que rodeaban a los dos españoles, uno de ellos supo esquivar el madero que le destinaba Lucientes, y Lezama arrojó al suelo el barril, desenvainando velozmente daga y espada.

—Tres para dos ya está mejor, —dijo deteniendo las primeras estocadas cuádruples de sus dos adversarios, mientras Lucientes salía al paso del tercer maestro de armas.

Empujó Lezama el barril que había dejado en el suelo, que al chocar contra uno de sus contrincantes le hizo vacilar. Tendióse a fondo el Pirata Negro mientras su daga paraba la mortal estocada del que le asediaba por el costado.

Retiróse hacia atrás de un salto al quitar la espada del cuerpo perforado, y sonrió al ver cómo el superviviente, retrocedía cautelosamente.

—Vete, muchacho, vete... Me encanta tu prudencia...

Diego Lucientes acorralaba a su adversario, y gritó alegremente al levantar la guarda de Tourbillon.

Una daga silbó en el aire, hincándose en la nuca del que pareciendo alejarse del Pirata Negro, acababa de saltar con sus dos aceros en alto para atacar por la espalda al que contendía con su cómplice.

—Pretenden enseñarnos trampas, estudiante —dijo el Pirata Negro inclinándose para recoger su daga y limpiándola en el cabello del maestro de armas derribado.

Contempló el encarnizado combate que sostenían Lucientes y Tourbillon. Ambos estaban dando vueltas, sin cesar de asestarse altibajos con las dagas, y estocadas con sus espadas en continuo vaivén...

—Achucha, señor marqués de Avapiés —apremió el Pirata Negro —. Dale su merecido a este esbirro que prostituye la misión del profesor de esgrima, formando quinteto de asesinos.

Alzó de pronto Lucientes la zurda de hierro y fintó con la espada simulando golpe de punta al muslo de Tourbillon. Este cubrióse con la hoja en tercia la parte amenazada y bajó su daga para parar el puñalón que se imaginaba.

Pero la zurda se abatió contra su cráneo calvo, mientras la daga chocaba contra la adversaria.

La reciedumbre del puñetazo hizo tambalearse al francés, y sus dos manos abatieron la guardia.

Repitió Lucientes el puñetazo, esta vez con todo su impulso y Tourbillon cayó al suelo pesadamente...

—No le maté... —habló resoplando Lucientes— porque... los corderos... no pueden entrar... en bodegas... Y quería que quedara alguno... señor, para aclarar todo ese misterio... —Y señaló a su alrededor en amplio ademán.

Envainó la espada, recogiendo del suelo la daga.

El Pirata Negro señaló al que rota la rodilla, pugnaba por arrastrarse hacia las escaleras.

—Aquél conservaba la lengua, estudiante. Pudiste liquidar a Tourbillon, porque desprecio y no tengo clemencia para el que, siendo profesional como yo, ataca en número superior. No es lucha. Es asesinato...

—¡Cuidado, señor! —y Lucientes, a la par que gritaba, cubrió con su cuerpo el del Pirata Negro.

Bruscamente Carlos Lezama apartó al estudiante, enviándolo del empujón a chocar contra un barril.

Cruzóse Lezama de brazos avanzando hacia la escalera. En lo alto del rellano, Raquel Youpin, pistola en mano, apuntaba hacia el que se le acercaba.

Los ojos del Pirata Negro observaban el índice de la judía engarfiado alrededor del gatillo, y seguía avanzando de puntillas, con la elástica zancada del luchador dispuesto a saltar cuando sus ojos le advirtiesen que el índice iba a presionar…

—¡Detente! —y más que orden pareció súplica la voz de la judía.

—Dejad el arma. Os puede hacer daño, si falláis el disparo, porque no tendré el menor reparo en trataros como a un enemigo.

—¡Detente! —renovó ella su angustioso grito, incomprensible en quien parecía dispuesta a matar.

—Aquí aguardo —dijo el Pirata Negro, cesando de andar al llegar al tercer escalón.

Tras él, Diego Lucientes examinaba a Raquel Youpin con anhelante expresión.

—¿Por qué, Raquel? —‘preguntó con voz angustiada—. ¿Por qué enviaste cinco asesinos? ¿Qué daño te hicimos? Porque fuiste tú…

Disparó ella… El ruido retumbó en la cóncava bodega como un trueno ensordecedor. Pero el Pirata Negro, en vez de saltar hacia delante, se abatió como el nadador que desde la palanca del barco se lanza de espaldas al agua.

Derribó a Lucientes, y la bala que iba destinada a alojarse en el pecho del estudiante, pasó silbando sobre los dos hombres que en confuso montón caían al suelo…

Todo el peso del cuerpo de Lezama cayó sobre él, y fuertemente magullado, Lucientes murmuró:

—Me disparó a mí… ¿Por qué?

De nuevo en pie, el Pirata Negro corrió hacia el rellano, pero Raquel Youpin, arrojando al suelo su arma inútil, había emprendido carrera a través del vestíbulo.

En pos de ella, el Pirata Negro subió en zancadas las escaleras. La alcanzó cuando atravesaba ella el umbral de su despacho…

Atenazándola por la cintura, el Pirata Negro la obligó a volverse.

—¿Por qué disparaste contra quien por ti sacrificó su espada?

Ella tenía los ojos cerrados. Abrazada por el Pirata Negro ostentaba densa palidez. La larga nariz vibraba con las aletas traslúcidas,..

—Me despreció… él también… —murmuró con silbante susurro.

Su hálito quemaba, y el Pirata Negro tuvo la impresión de estar abrazando a una fiera venenosa y dañina.

Pero no la soltó por la sensación extraña que experimentaba, sino porque procedente del piso bajo, ola entrechocar de aceros, y pisar de botas.

Al separarse de ella, tuvo aún tiempo de comprobar que la judía, como en trance de desmayarse, se apoyaba contra el umbral, lívidos los labios que habitualmente tenían rojo esplendor…

Bajó las escaleras espada en mano, atormentando el puño de su daga. Un espectáculo que era ya su última sorpresa de aquella accidentada y misteriosa mañana, le hizo detenerse.

Inconfundibles en sus atuendos de mosqueteros del Rey, diez soldados rodeaban a Diego Lucientes, que en pie, desarmado y asido por hombros y brazos, miraba a su alrededor como alelado…

—¡Señor! —exclamó al ver al Pirata Negro—. ¡Una ola de locura se ha desatado en París!…

—¡Daos preso en nombre del Rey! —gritó el capitán de los mosqueteros, avanzando hacia Lucientes.

Varios lacayos salían de la bodega llevando los cuerpos exánimes de los maestros de armas…

El Pirata Negro envainó, tocando en el hombro al capitán de mosqueteros.

—Un, instante, señor capitán. Os ruego que os dignéis informarme de la razón por la que detenéis a mi amigo.

—¡Por orden del Rey y por el alevoso crimen que ha cometido! —dijo solemnemente el mosquetero.

—No ha habido crimen alguno. Fuimos atacados, él y yo, por cinco espadachines… —dijo Lezama, frunciendo el ceño.

El mosquetero miró hacia la procesión de lacayos que, de dos en dos, transportaban los cuerpos malheridos…

—No es de mi incumbencia —dijo altivamente—. Llevo orden real, y en virtud de denuncia de hecho probado, y señalado el lugar donde se hallaba el inculpado, procedo a la detención del español

marqués d'Avapié, que ha dado muerte alevosa al barón de Rochefort.

